Universidad Nacional de Rosario Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

La Visión 2030 como estrategia de supervivencia: vulnerabilidad sistémica, Estado rentista y geoeconomía de la élite saudí (2015-2025)

Tesina presentada para optar al título de: Licenciado en Relaciones Internacionales

Autor: Germán Augusto Fisch

Director: Rubén Paredes Rodríguez

Rosario, Santa Fe, Argentina 2026

Resumen

Esta investigación analiza cómo la élite estatal saudí instrumentalizó la Visión 2030 como una gran estrategia geoeconómica defensiva, y no como un programa de modernización, para garantizar la supervivencia, autonomía y seguridad del Reino frente a la vulnerabilidad sistémica del periodo 2015-2025. A partir del marco del realismo neoclásico, articulado con la geopolítica (C. S. Gray), la geoeconomía (Luttwak) y la teoría del Estado rentista tardío (M. Gray), el trabajo sostiene que la oscilación del paraguas de seguridad estadounidense, el shock exógeno del COVID-19 y la profundización de la anarquía regional frente a Irán operaron como variables independientes que, decodificadas por la élite centralizada en torno a Mohammed bin Salman, forzaron el abandono del Estado asignador tradicional. Mediante un enfoque cualitativo, descriptivo-analítico y basado en análisis documental, se examina cómo la centralización coercitiva del poder permitió superar la balcanización burocrática heredada y construir capacidad extractiva interna, mediante la triplicación del IVA, reducción de subsidios y expropiación de capital dinástico, como prerrequisito para desplegar herramientas geoeconómicas de emulación, como la capitalización del Fondo de Inversión Pública, la localización de la industria militar a través de SAMI, el uso táctico de la OPEP+ y la cobertura estratégica hacia China. Se concluye que Arabia Saudita transformó su vulnerabilidad rentista originaria en un escudo geoeconómico que le permitió contener las presiones atlánticas y la amenaza iraní sin recurrir a la confrontación militar directa, y sin ceder representación política a su sociedad civil.

Palabras clave: Arabia Saudita, Visión 2030, realismo neoclásico, geoeconomía, Estado rentista tardío

Abstract

This research analyzes how the Saudi state elite instrumentalized Vision 2030 as a defensive geoeconomic grand strategy, rather than a modernization program, to guarantee the Kingdom's survival, autonomy, and security in the face of systemic vulnerability during the 2015-2025 period. Based on the neoclassical realist framework, articulated with geopolitics (C. S. Gray), geoeconomics (Luttwak), and late rentier state theory (M. Gray), this paper argues that the oscillation of the U.S. security umbrella, the exogenous COVID-19 shock, and the deepening of regional anarchy vis-à-vis Iran operated as independent variables which, decoded by the centralized elite around Mohammed bin Salman, forced the abandonment of the traditional allocation state. Through a qualitative, descriptive-analytical approach based on documentary analysis, it examines how the coercive centralization of power allowed for overcoming the inherited bureaucratic balkanization and building internal extractive capacity, through the tripling of the VAT, reduction of subsidies, and expropriation of dynastic capital, as a prerequisite to deploy geoeconomic tools of emulation, such as the capitalization of the Public Investment Fund, the localization of the military industry through SAMI, the tactical use of OPEC+, and strategic hedging toward China. It concludes that Saudi Arabia transformed its original rentier vulnerability into a geoeconomic shield that allowed it to contain Atlantic pressures and the Iranian threat without resorting to direct military confrontation, and without ceding political representation to its civil society.

Keywords: Saudi Arabia, Vision 2030, neoclassical realism, geoeconomics, late rentier state

Índice General

Resumen.....2
Abstract.....3
Índice de Figuras.....5
Lista de Abreviaturas y Siglas.....6
Introducción.....7
Capítulo 1: La constricción del sistema internacional: Shocks exógenos y vulnerabilidad saudí.....16
1.1. La oscilación del paraguas de seguridad: de la dependencia a la autoayuda frente a Washington.....16
1.2. La asfixia material: el shock exógeno del COVID-19 y la parálisis del mercado energético.....20
1.3. La anarquía regional y el recálculo estratégico: de la coerción bélica al equilibrio geoeconómico y la cobertura estratégica (2015-2025).....25
Capítulo 2: Variables intervinientes y atrofia institucional del Estado rentista clásico.....30
2.1. Balcanización burocrática y límites estructurales del Estado asignador.....30
2.2. La centralización coercitiva y la demolición de los feudos burocráticos (2015-2017).....33
2.3. La Visión 2030 como programa de movilización de recursos y legitimación interna.....36
Capítulo 3: La Visión 2030 como estrategia de emulación geoeconómica y supervivencia estatal.....42
3.1. Construcción coercitiva de la capacidad extractiva en la transición al Estado rentista tardío.....42
3.2. Instrumentalización del Fondo de Inversión Pública y despliegue de la cobertura geoeconómica.....47
3.3. Instrumentalización de la OPEP+ y cartelización ampliada como armamento geoeconómico de financiamiento soberano.....51
Conclusiones.....57
Referencias Bibliográficas.....61

Índice de Figuras

Figura 1. Modelo de transmisión del realismo neoclásico aplicado al caso saudí 13

Figura 2. Evolución del gasto militar saudí frente a la localización de la industria de defensa en el período 2015-2025 20

Figura 3. Colapso de la renta externa e incremento forzado de la capacidad extractiva interna..... 25

Figura 4. Reconfiguración asimétrica de las exportaciones de crudo saudí hacia Estados Unidos y China 29

Figura 5. Evolución de los activos bajo gestión del PIF como herramienta de emulación geoeconómica (2015-2023) 39

Figura 6. Evolución comparativa de los ingresos fiscales del Estado saudí (2015-2025) 43

Figura 7. Progresión de la localización de la industria militar en Arabia Saudita (2015-2030) 48

Figura 8. Evolución de la producción saudí de crudo frente a la cotización internacional del Brent en el periodo 2020-2025 53

Lista de Abreviaturas y Siglas

ARAMCO: Arabian American Oil Company (Saudi Arabian Oil Company)

BRICS: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica

CCG: Consejo de Cooperación del Golfo

CEDA: Consejo de Asuntos Económicos y de Desarrollo

CPSA: Consejo de Asuntos Políticos y de Seguridad

EIA: Administración de Información Energética (*Energy Information Administration*)

FMI: Fondo Monetario Internacional

GAMI: Autoridad General de Industrias Militares (*General Authority for Military Industries*)

IMEC: Corredor Económico India-Medio Oriente-Europa (*India-Middle East-Europe Economic Corridor*)

IVA: Impuesto al Valor Agregado

JCPOA: Plan de Acción Integral Conjunto (*Joint Comprehensive Plan of Action*)

MbS: Mohammed bin Salman

OPEP / OPEP+: Organización de Países Exportadores de Petróleo (y productores aliados)

PIF: Fondo de Inversión Pública (*Public Investment Fund*)

SALIC: *Saudi Agricultural and Livestock Investment Company*

SAMA: Autoridad Monetaria de Arabia Saudita (*Saudi Arabian Monetary Authority*)

SAMI: Industrias Militares de Arabia Saudita (*Saudi Arabian Military Industries*)

SANG: Guardia Nacional Saudí (*Saudi Arabian National Guard*)

SIPRI: Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo (*Stockholm International Peace Research Institute*)

TER: Teoría del Estado Rentista

THAAD: Defensa de Área de Gran Altitud Terminal (*Terminal High Altitude Area Defense*)

WTI: West Texas Intermediate

Introducción

El sistema internacional de la segunda década del siglo XXI inauguró una coyuntura de constricción estructural ineludible para el Reino de Arabia Saudita, signada por una alteración profunda en la balanza de poder de Medio Oriente y en la morfología del mercado energético global. Hacia el inicio de nuestro recorte temporal en 2015, la unidad política debió procesar las secuelas de fuerzas exógenas previas, como la desarticulación de la arquitectura de contención regional tras la Primavera Árabe de 2011 y el colapso del crudo de 2014, que facilitaron el avance asimétrico de la influencia iraní y expusieron la vulnerabilidad del modelo estatal saudí. Durante el periodo 2015-2025, la élite estatal enfrentó una sucesión ininterrumpida de *shocks* sistémicos que alteraron su matriz de supervivencia material: desde la consolidación tecnológica del *shale oil* estadounidense, pasando por la severa oscilación y el retraimiento de las garantías de seguridad occidentales (evidenciados desde el tramo final de la administración Obama y profundizados bajo los mandatos de Donald Trump y Joe Biden), hasta la paralización absoluta de la demanda energética originada por la pandemia de COVID-19. En conjunto, estas variables exógenas confirmaron el agotamiento del paraguas de seguridad histórico provisto por Washington y la imposibilidad de sostener la dependencia exclusiva de un mercado petrolero volátil.

Para decodificar el comportamiento de la política exterior saudí frente a estas presiones sistémicas, la presente investigación adopta el marco analítico del realismo neoclásico, articulado de manera subordinada con los postulados de la geopolítica y la geoeconomía. Resulta imperativo establecer una definición operativa rigurosa: siguiendo a Gray, la geopolítica se concibe en este trabajo no como un determinismo espacial estático, sino como "la relación espacial entre el poder internacional y la política exterior" (Gray, 1999, p. 34), donde la perpetuación del Estado se supedita a su capacidad material para proyectar control sobre su entorno inmediato. No obstante, en un escenario regional anárquico donde la proyección de la fuerza militar directa encuentra rendimientos decrecientes y altos costos de fricción, como lo demostró el empantanamiento saudí en Yemen, esta disputa espacial se ejecuta mediante lo que Luttwak (1990) conceptualiza como geoeconomía: "el mantenimiento de la lógica del conflicto internacional traducida a la gramática del comercio y las finanzas" (p. 17).

Bajo este andamiaje teórico, la respuesta institucional de la élite saudí a partir de la centralización del poder ejecutada por Mohammed bin Salman (MbS) en 2015 adquiere su verdadera dimensión estratégica. La arquitectura del Estado rentista tradicional, caracterizada

por la hipertrofia burocrática y una nula capacidad extractiva interna frente a la sociedad civil, operaba como una barrera material que impedía movilizar recursos para neutralizar las amenazas externas. Ante la restricción sistémica, la nueva dirigencia asume el imperativo de la autoayuda (*self-help*) e impulsa en 2016 el plan Visión 2030. Lejos de constituir un programa genérico de liberalización mercantil o diversificación contable, la Visión 2030 opera estrictamente como una gran estrategia geoeconómica defensiva. Su formulación persigue la alteración radical de la capacidad extractiva del aparato estatal (Taliaferro, 2006) para financiar objetivos geopolíticos innegociables: la autonomía estratégica, la emulación tecnológica de potencias rivales y la erradicación de las vulnerabilidades inherentes a su condición rentista. De manera subordinada, esta transformación material persigue la contención del cerco iraní, un imperativo evidenciado empíricamente en maniobras de cobertura estratégica (*hedging*) que abarcan desde el bloqueo a Catar en 2017 hasta la reanudación de vínculos con Teherán bajo mediación china en 2023.

Un abordaje integral de esta problemática exige una revisión del estado de la cuestión. Desde su formulación oficial en 2016, la Visión 2030 ha generado un extenso corpus bibliográfico. Sin embargo, una revisión exhaustiva de la literatura evidencia una profunda fragmentación disciplinaria, la cual tiende a analizar la reestructuración estatal saudí de manera compartimentada, omitiendo la multicausalidad que exige el realismo neoclásico. A los fines de esta investigación, el debate académico contemporáneo se clasifica en tres grandes corrientes interpretativas, identificando en ellas el vacío epistémico que la presente tesina aspira a subsanar.

En primer lugar, se identifica una perspectiva tecnocrática-institucional, impulsada fundamentalmente por organismos multilaterales de crédito y consultoras financieras globales. Autores y reportes vinculados al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al *McKinsey Global Institute* decodifican las reformas saudíes bajo la métrica exclusiva de la sostenibilidad fiscal y la diversificación del Producto Bruto Interno no petrolero (Fondo Monetario Internacional, 2023).[1]

Si bien esta literatura aporta una robusta base de datos empíricos sobre la asfixia fiscal, adolece de un sesgo profundamente economicista. Al aislar a la unidad política de la anarquía del sistema internacional, esta corriente falla en comprender que la eficiencia de mercado

[1]Un ejemplo paradigmático de este enfoque es el informe fundacional "Saudi Arabia Beyond Oil" (McKinsey Global Institute, 2015), el cual diagnosticó la insostenibilidad del gasto público saudí, pero omitió por completo las variables de seguridad nacional y la competencia hegemónica regional que catalizaron las reformas.

buscada por Riad no es un fin en sí mismo, sino el medio material para financiar su política de defensa.

En segundo lugar, prevalece una perspectiva política-autoritaria anclada en los estudios de área (*Area Studies*). Académicos como Al-Rasheed (2018), Lacroix (2019) y Hertog (2010) analizan la reestructuración económica y la liberalización sociocultural como meros instrumentos de ingeniería política interna. Para esta corriente, la Visión 2030 opera primariamente como un mecanismo diseñado por MbS para desmantelar la base de poder del estamento clerical wahabí y centralizar la autoridad coercitiva en la Corte Real, reescribiendo el contrato social desde el patronazgo religioso hacia un nacionalismo hiper-estatal. Aunque este enfoque resulta indispensable para mapear la variable interviniente del plano doméstico, su focalización excluyente en la política palaciega subestima severamente el peso de la coerción sistémica exterior.

El tercer eje de debate ineludible se enmarca en la Teoría del Estado Rentista (TER). Si bien los postulados clásicos de Beblawi y Luciani (1987) establecieron que la abundancia de rentas externas atrofia institucionalmente al aparato público, generando una "mentalidad de rentas" que bloquea la innovación productiva[2], esta corriente requiere una actualización insoslayable. Analizar la Arabia Saudita contemporánea bajo la lente exclusiva de 1987 resulta anacrónico, haciendo imperativa la incorporación de la categoría de Estado rentista tardío (Gray, 2011), la cual permite decodificar cómo la élite gobernante busca reactivar la capacidad extractiva interna sin ceder el monopolio coercitivo.

Frente a la fragmentación de las corrientes precedentes, la presente tesina se propone subsanar dicho vacío epistémico mediante la aplicación de la matriz del realismo neoclásico, articulada de manera subordinada con los postulados de la geoeconomía y la geopolítica. Este enfoque permite conectar de manera orgánica la presión del sistema internacional con la respuesta política doméstica, superando el reduccionismo de las lecturas puramente tecnocráticas o palaciegas. Se demostrará cómo la amenaza estructural externa, la vulnerabilidad sistémica que la perspectiva económica ignora, es decodificada y procesada por la élite estatal saudí (variable interviniente) para producir una gran estrategia defensiva. Bajo esta lente, la Visión 2030 no constituye un fin de desarrollo mercantil per se, sino la instrumentalización de

[2]La literatura ortodoxa de la TER asume un pesimismo determinista, sosteniendo que un Estado rentista es orgánicamente incapaz de aplicar reformas extractivas dolorosas (como la imposición tributaria) sin conceder a cambio representación democrática, un axioma que la Visión 2030 saudí desafía empíricamente.

herramientas geoeconómicas destinadas a garantizar la supervivencia y la autonomía estratégica del Reino frente a un entorno regional y global hostil.

En virtud de lo mencionado *ut supra*, el interrogante general que guía este trabajo es:

¿De qué manera la élite estatal saudí ha instrumentalizado la Visión 2030 como una gran estrategia geoeconómica defensiva para alterar su capacidad extractiva y garantizar su supervivencia, autonomía y seguridad frente a los *shocks* sistémicos del periodo 2015-2025?

Para ello, se desprenden del interrogante general las siguientes preguntas específicas:

¿Cómo condicionaron las alteraciones estructurales del sistema internacional y regional, específicamente la oscilación del paraguas de seguridad estadounidense, la crisis del mercado energético exacerbada por el COVID-19 y la reconfiguración de las alianzas en el Golfo Pérsico, el margen de maniobra de la política exterior saudí entre 2015 y 2025?

¿De qué manera las rigideces institucionales del modelo rentista tradicional constituyeron una vulnerabilidad material inasumible, forzando a la élite de MbS a centralizar el aparato estatal para intentar construir capacidad extractiva interna?

¿De qué modo la ejecución material de la Visión 2030, a través de la capitalización del Fondo de Inversión Pública (PIF) y la diplomacia de la OPEP+, opera como una táctica de emulación orientada a mitigar la restricción sistémica?

En este sentido, la hipótesis que se sostiene en este trabajo es la siguiente:

El Reino de Arabia Saudita ha instrumentalizado la Visión 2030 no como un plan de modernización económica, sino como una gran estrategia geoeconómica defensiva orientada a reestructurar su modelo rentista y diversificar sus bases materiales de poder para alcanzar fines geopolíticos de seguridad. Ante la vulnerabilidad sistémica del periodo 2015-2025, la élite estatal ha desplegado herramientas coercitivas y de emulación (centralización de capital en el PIF y uso táctico de la OPEP+) con el objetivo de alterar su capacidad extractiva interna, contener la amenaza iraní y garantizar su autonomía y supervivencia como unidad política.

En el presente trabajo se propone como *objetivo general*:

Analizar de qué manera la élite estatal saudí ha instrumentalizado la Visión 2030 como una gran estrategia geoeconómica defensiva para garantizar su seguridad, autonomía y supervivencia frente a las restricciones sistémicas del periodo 2015-2025.

En cuanto a los *objetivos específicos* que se plantean:

- Identificar cómo las alteraciones estructurales del sistema internacional y regional condicionaron la política exterior saudí entre 2015 y 2025.
- Examinar de qué manera las rigideces institucionales del Estado rentista tradicional restringen el margen de maniobra de la élite para neutralizar las vulnerabilidades sistémicas.
- Evaluar el modo en que la implementación de herramientas geoeconómicas contempladas en la Visión 2030 permite a la unidad política saudí reconfigurar su posición de poder y mitigar las amenazas externas.

Marco Teórico-Conceptual

La presente investigación se estructura sobre una triangulación teórica que articula el realismo neoclásico como paradigma ordenador, la geoeconomía como matriz de la gran estrategia nacional saudí y la teoría del rentismo tardío como lente para la decodificación del plano doméstico.

El paraguas analítico principal es el realismo neoclásico. Siguiendo a Lobell, Ripsman y Taliaferro (2009), esta perspectiva postula que la política exterior de un Estado no es una respuesta mecánica a las presiones del sistema internacional, sino el resultado de un proceso de transmisión complejo. Las alteraciones en la balanza de poder y la anarquía sistémica (variables independientes) actúan como constricciones ineludibles; sin embargo, estas presiones son decodificadas y procesadas a través del filtro de la unidad política (variables intervinientes). En este sentido, la respuesta estatal (variable dependiente) está mediada ineludiblemente por la percepción de amenazas de la élite decisora y por la capacidad extractiva del Estado, entendida por Taliaferro (2006, p. 465) como la habilidad institucional del gobierno para movilizar los recursos materiales y humanos de su sociedad civil con fines de seguridad nacional. Ante la vulnerabilidad externa, la teoría anticipa que los Estados recurrirán a tácticas de emulación, adoptando las innovaciones tecnológicas o diplomáticas de sus competidores para garantizar su autoayuda.

Para decodificar empíricamente esta respuesta estatal, la investigación subordina el análisis a las categorías de la geopolítica y la geoeconomía. Se asume la definición operativa de Gray

(1999), quien despoja a la geopolítica de su determinismo espacial clásico para reconceptualizarla como "la relación espacial entre el poder internacional y la política exterior" (p. 34), donde el control del entorno es un imperativo de supervivencia. No obstante, en un sistema donde el uso directo de la fuerza militar encuentra rendimientos decrecientes y altos costos de fricción, esta disputa de poder se desplaza hacia la geoeconomía. Tal como la conceptualiza Luttwak (1990), la geoeconomía representa "el mantenimiento de la lógica del conflicto internacional traducida a la gramática del comercio y las finanzas" (p. 17). Bajo este prisma, la acumulación de capital soberano, el control de los flujos energéticos y la localización industrial no son metas de desarrollo liberal, sino armamento táctico desplegado por el Estado para ejercer coerción o disuasión frente a potencias rivales.

La caracterización de la variable interviniente doméstica exige una ruptura con las concepciones tradicionales del Estado rentista formuladas en la década de 1980 por Beblawi y Luciani (1987). Para decodificar la mutación de la unidad política saudí, resulta imperativo adoptar el concepto de Estado rentista tardío (*late rentier state*) acuñado por Gray (2011). Esta conceptualización postula que, frente a la volatilidad de los precios del crudo y la globalización, el Estado dependiente abandona el modelo pasivo de asignación pura para asumir una postura de hiperactividad capitalista estatal. Esta transformación requiere desmantelar la balcanización burocrática característica de los regímenes dinásticos del Golfo, un fenómeno analizado exhaustivamente por Hertog (2010), para concentrar el poder coercitivo en el vértice decisional. La centralización y la expansión de la capacidad extractiva interna se vuelven, de este modo, prerrequisitos institucionales para ejecutar la gran estrategia geoeconómica defensiva.

Figura 1

Modelo de transmisión del realismo neoclásico aplicado al caso saudí



Nota. El esquema ilustra la matriz causal del realismo neoclásico aplicada a la transición del Estado rentista saudí. Las alteraciones sistémicas, como la retracción del paraguas de seguridad estadounidense y la volatilidad del mercado energético global, operan como variables independientes que son decodificadas y procesadas a través de la percepción de amenazas de la élite liderada por MbS. La respuesta de política exterior geoeconómica (variable dependiente) se encuentra estrictamente condicionada por la capacidad extractiva de la unidad política para movilizar recursos internos, forzando la desarticulación de la balcanización burocrática previa. Elaboración propia con base en Lobell et al. (2009).

Marco Metodológico

La presente investigación adopta un enfoque cualitativo con un alcance descriptivo-analítico, centrado en la decodificación de decisiones estratégicas bajo condiciones de vulnerabilidad sistémica. Se asume la racionalidad instrumental de la unidad política saudí. El análisis se estructura bajo la matriz causal del realismo neoclásico: se examinan las presiones del sistema internacional como variable independiente y la respuesta geoeconómica estatal como variable dependiente, mediadas por la percepción de la élite decisora y la capacidad extractiva del Estado rentista tardío (variables intervinientes).

La unidad de análisis es el Estado de Arabia Saudita, focalizándose estrictamente en su élite gobernante en tanto filtro cognitivo de la política exterior. El recorte temporal abarca el periodo 2015-2025, tomando el año 2014 como antecedente material ineludible por el colapso de las cotizaciones del crudo.

Para la recolección de evidencia se recurre a la técnica de análisis documental y bibliográfico mediante una lógica de triangulación. El corpus de fuentes primarias se compone de directivas gubernamentales (Visión 2030), reportes financieros del PIF y boletines estadísticos de la OPEP. El tratamiento de estos datos se subordina a una finalidad analítica para materializar la magnitud de los *shocks* sistémicos, prescindiendo de procesamientos econométricos o cuantitativos. Este acervo se contrasta con fuentes secundarias de la literatura académica de vanguardia, priorizando a los autores que conceptualizan el Estado rentista tardío (Gray, 2011), el clientelismo segmentado (Hertog, 2010) y el realismo neoclásico (Taliaferro, 2006; Lobell et al., 2009), permitiendo así una interpretación de las acciones fácticas como respuestas deliberadas a la anarquía internacional.

La relevancia disciplinar de esta tesina radica en su ruptura deliberada con las aproximaciones del institucionalismo liberal y de los estudios de área tradicionales, los cuales tienden a decodificar la Visión 2030 como un mero plan de interdependencia económica o de modernización occidentalizante. Al aplicar el realismo neoclásico, se evidencia que la transformación saudí constituye, en rigor, un imperativo de supervivencia frente a la anarquía internacional. Demostrar que la Visión 2030 es una respuesta material a la constricción externa permite comprender cómo los Estados dependientes de la renta petrolera procesan la vulnerabilidad sistémica más allá de la mera integración de mercados.

En función de esta premisa causal, la tesina se articula en tres capítulos orgánicamente vinculados. El capítulo 1 desgrana la variable independiente, analizando la constricción del

sistema internacional entre 2015 y 2025. Se identifica cómo la oscilación de las garantías de seguridad estadounidenses, la asfixia material inducida por el COVID-19 y la anarquía regional forzaron a Riad hacia la doctrina de la autoayuda. El capítulo 2 aborda las variables intervinientes, diagnosticando la atrofia institucional del Estado asignador clásico. Allí se examina cómo la nula capacidad extractiva interna constituyó una debilidad inasumible, justificando la centralización coercitiva como el prerrequisito para evitar el colapso del régimen. El capítulo 3 analiza la variable dependiente: la instrumentalización de la Visión 2030. Siguiendo las categorías de emulación de potencias (Taliaferro, 2006), se evalúa el uso táctico del PIF, la localización industrial y la diplomacia energética de la OPEP+ para demostrar cómo el Reino despliega su capital soberano con el objeto de mitigar el cerco geopolítico y blindar su autonomía en un sistema multipolar.

Capítulo 1: La constricción del sistema internacional: Shocks exógenos y vulnerabilidad saudí

1.1. La oscilación del paraguas de seguridad: de la dependencia a la autoayuda frente a Washington

La arquitectura de seguridad que vinculó a la Casa Saúd con los Estados Unidos desde el pacto del *USS Quincy* en 1945 experimentó, en la década comprendida entre 2015 y 2025, su crisis de confianza más profunda y estructural. Para el realismo neoclásico, esa alteración en la variable independiente, la garantía de seguridad de la superpotencia, no se traduce de forma lineal en una nueva política exterior, sino que es filtrada por la decodificación cognitiva de la élite estatal. En el caso saudí, la llegada al poder del rey Salman y la posterior consolidación de MbS en 2015 coincidió con la culminación de un proceso de retraimiento estratégico estadounidense bajo la lógica del *Pivot to Asia* (enfoque consolidado bajo la denominada *Doctrina Obama*[3]). Ese retraimiento norteamericano se superpuso con el peor escenario regional posible: la Primavera Árabe había conducido a una aguda rivalidad sectaria y geopolítica con Irán, multiplicando los frentes de conflicto asimétrico. Fue precisamente en ese contexto de extrema polarización donde el punto de inflexión sistémico se materializó en julio de 2015 con la firma del Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA) con Irán. Desde la óptica de Riad, dicho acuerdo no constituyó un ejercicio de diplomacia multilateral, sino que fue percibido como una señal inequívoca de que Washington estaba dispuesto a sacrificar la contención de su principal rival regional en favor de una estabilización técnica que permitiera su salida de Medio Oriente. Esta percepción de traición estratégica operó como el catalizador inicial de la doctrina de autoayuda que subyace en la Visión 2030, entendiendo que la supervivencia del Estado ya no podía depender de una potencia extrarregional con intereses divergentes.

La percepción de amenaza de la élite saudí se agudizó al observar que el JCPOA no moderó la conducta de la República Islámica, sino que, por el contrario, le otorgó los recursos financieros, tras el levantamiento de sanciones, para profundizar su proyección asimétrica en el denominado creciente chiita. Para la cúpula decisoria en Riad, el empoderamiento de las

[3]El término *Doctrina Obama* fue estructurado y popularizado por el analista Jeffrey Goldberg (2016) para sintetizar los vectores de la política exterior de dicha administración. Se caracterizó por un pragmatismo estratégico que priorizó la reducción de la huella militar directa en Medio Oriente y la transferencia de responsabilidades de seguridad hacia los actores locales mediante esquemas de equilibrio regional asistido (*offshore balancing*). Para la élite saudí, esta reorientación fue decodificada como un abandono de la alianza histórica y una tolerancia implícita hacia el expansionismo iraní.

milicias pro-iraníes en Irak, Siria y el Líbano, sumado al apoyo logístico a los hutíes en Yemen, representó un cerco geopolítico que Washington se negó a desmantelar. Este escenario de abandono estratégico forzó a la élite a internalizar una premisa realista fundamental: en un sistema anárquico, la seguridad es un bien que el Estado debe proveerse a sí mismo. La Visión 2030 nace, por tanto, no como un programa de desarrollo, sino como la plataforma material para financiar una autonomía militar que pusiera fin a la vulnerabilidad de depender de los ciclos electorales estadounidenses.[4]

La transición hacia la administración de Donald Trump en 2017 fue interpretada inicialmente por la élite como una restauración del orden transaccional clásico. El despliegue simbólico de la Cumbre de Riad y los acuerdos de compra de armamento por 110.000 millones de dólares[5] generaron el espejismo de un retorno al paraguas de seguridad incondicional. No obstante, esta fase de seguridad transaccional reveló rápidamente sus limitaciones materiales frente a la nueva realidad energética de los Estados Unidos. La revolución del *shale oil* no sólo convirtió a Washington en un competidor directo en el mercado global, sino que erosionó el imperativo geopolítico de defender las rutas del crudo en el Golfo Pérsico. Para la administración Trump, la relación con el Reino dejó de ser una alianza estratégica ineludible para transformarse en una relación de cliente-proveedor supeditada a beneficios económicos directos y tangibles.

La percepción de este retraimiento estratégico se agudizó tras los ataques con drones a las instalaciones de *Saudi ARAMCO* en Abqaiq y Khurais en 2019, donde la parálisis operativa de Washington confirmó que el paraguas de seguridad ya no era automático. Incluso bajo una retórica transaccional favorable al Reino, las declaraciones oficiales evidenciaron que la protección estadounidense estaba estrictamente condicionada a la lógica del mercado, asumiendo que "los saudíes van a tener una gran participación en esto si decidimos hacer algo. Estarán muy involucrados, y eso incluye el pago; lo entienden a la perfección" (Trump, 2019, párr. 58). Esta ambivalencia sistémica obligó a la élite de Riad a procesar que la autoayuda era el único camino viable para garantizar la supervivencia del régimen. Como sugiere Taliaferro (2006), cuando la presión sistémica es captada por la élite como una

[4]La firma del JCPOA en 2015 coincidió con un incremento del 14% en el presupuesto de defensa saudí, destinado principalmente a la adquisición de sistemas de ataque de precisión, marcando el inicio de una fase de militarización preventiva ante la percepción de una hegemonía iraní avalada por Occidente (SIPRI, 2024).

[5]Esta cifra corresponde al paquete inicial de memorandos de intención y cartas de oferta *(Letters of Offer and Acceptance)* anunciados durante la visita de Estado de mayo de 2017. Dicho acuerdo operó, en los hechos, como una inyección de capital condicionada hacia el complejo industrial-militar estadounidense, buscando asegurar la retención del paraguas defensivo mediante la adquisición de sistemas antimisiles y la modernización de la infraestructura naval (The White House, 2017).

amenaza a la integridad del Estado, la única respuesta racional es la movilización de recursos internos para la defensa. La Visión 2030 se operacionaliza aquí como el mecanismo para localizar la industria de defensa y reducir la dependencia del complejo industrial-militar norteamericano.[6]

La trayectoria de incertidumbre alcanzó su fase de mayor tensión institucional con la asunción de Joe Biden en 2021. La retórica del mandatario demócrata, quien durante su campaña había calificado al Reino como un "paria" (The American Presidency Project, 2019) y posteriormente retiró el apoyo logístico e inteligencia a las operaciones en Yemen, no fue procesada por la élite saudí como una mera disputa por valores o derechos humanos, sino como una constricción sistémica que amenazaba directamente la autonomía estatal. El distanciamiento de Biden se materializó en acciones de desvinculación militar concreta, como la retirada de baterías antimisiles *Patriot* y sistemas *THAAD* de territorio saudí en momentos de alta frecuencia de ataques hutíes (Al Jazeera, 2021). Este vacío de seguridad, ejecutado unilateralmente por Washington, operó como el golpe de gracia a la confianza bilateral. Al comprender que Estados Unidos ya no era un socio predecible, la élite estatal comenzó a utilizar su capacidad de producción de crudo y sus fondos soberanos no para complacer a Washington, sino para forzar una relación de paridad estratégica.

La respuesta geoeconómica de Riad frente a la hostilidad de Biden se cristalizó en 2022, tras la invasión rusa a Ucrania. A pesar de las presiones directas de la Casa Blanca para aumentar la producción de petróleo y mitigar el alza de precios global, la élite saudí, a través de la OPEP+, mantuvo los recortes de producción para sostener las cotizaciones y proteger sus ingresos fiscales. Esta decisión demuestra que el Reino ha dejado de actuar como un regulador de precios al servicio de la estabilidad económica occidental para operar como una potencia media que prioriza su propia acumulación de capital y su supervivencia financiera. La geoeconomía, tal como la define Luttwak (1990), se convierte en la gramática de este conflicto: Arabia Saudita utiliza su poder de mercado para señalizar a Washington que el costo del abandono estratégico será el encarecimiento de la energía y la pérdida de influencia económica en la región.

Hacia el horizonte de 2025, la élite ha decodificado que la política exterior estadounidense padece una fragmentación partidaria y una polarización interna que impiden la vigencia de

[6]El ataque a las plantas de Abqaiq y Khurais paralizó temporalmente 5,7 millones de barriles diarios, equivalentes al 5% del suministro mundial. La ausencia de una respuesta cinética por parte de Washington desarticuló *de facto* la Doctrina Carter de 1980, que estipulaba el uso de la fuerza militar para proteger los intereses energéticos en el Golfo (Al Jazeera, 2019).

acuerdos de seguridad de largo plazo. Ya sea bajo una administración demócrata restrictiva o una republicana transaccional (Trump 2.0), el Reino se enfrenta a una potencia que busca desvincularse de los costos del mantenimiento del orden en Medio Oriente. Ante esta constricción, la estrategia saudí ha mutado hacia una política de cobertura estratégica. La mediación de la República Popular China para la restauración de relaciones con Irán en marzo de 2023 es la prueba empírica de esta nueva fase. Al invitar a Beijing al corazón de la arquitectura de seguridad del Golfo, la élite de MbS no busca reemplazar a Estados Unidos, sino diversificar sus garantías de supervivencia. Se utiliza la centralidad geoeconómica con China, principal comprador de crudo saudí, como un ancla geoeconómica que disuada las agresiones iraníes, mientras se mantiene una relación técnica y militar con Washington.[7]

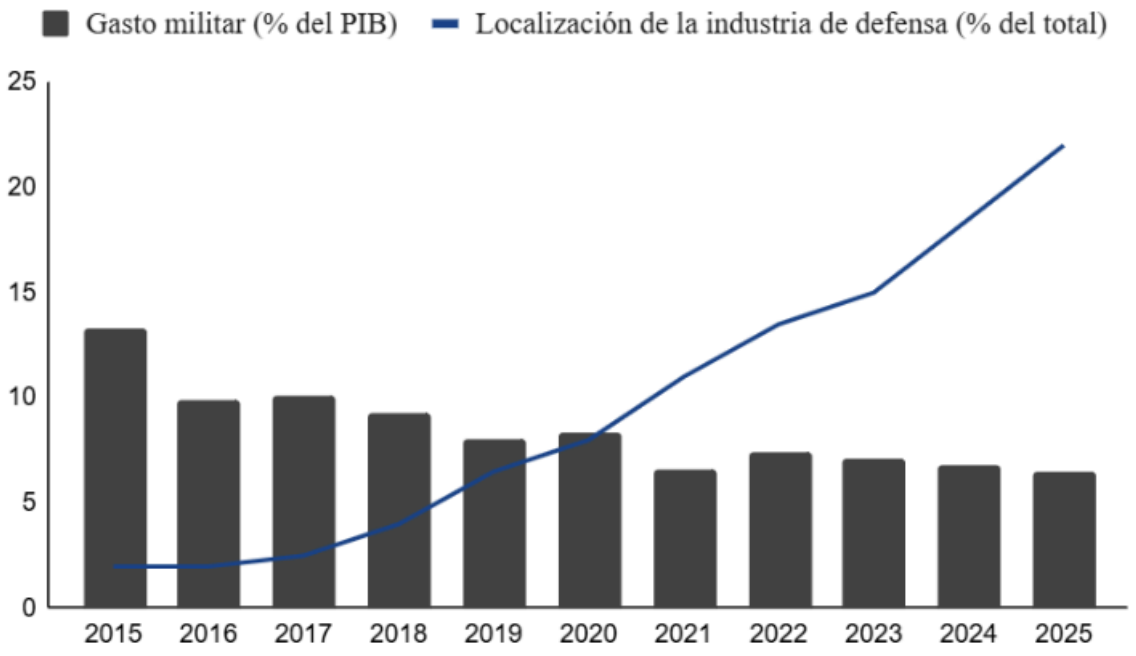
El análisis de la oscilación en las garantías de seguridad estadounidenses durante el periodo 2015-2025 revela un patrón de inconsistencia que la élite saudí ha procesado como una amenaza existencial. Esta percepción es la que otorga lógica al despliegue de la Visión 2030. Como sostiene el realismo neoclásico, no es la anarquía internacional la que dicta la política exterior, sino la forma en que los líderes captan esas presiones y deciden movilizar el poder del Estado para contrarrestarlas. El fin del paraguas de seguridad incondicional obligó a la unidad política a abandonar el rentismo pasivo y a construir, mediante la geoeconomía, una nueva base material de poder que garantice su supervivencia en un sistema internacional donde la autoayuda es, nuevamente, la única garantía de existencia.[8]

[7]La mediación china en 2023 representó un hito geoeconómico: por primera vez, una potencia extrarregional utilizó su peso comercial para estabilizar un conflicto político en el Golfo, desplazando el rol histórico de mediación de los Estados Unidos y validando la estrategia de emulación saudí.

[8]La creación de la empresa militar estatal SAMI (*Saudi Arabian Military Industries*) en 2017 responde directamente a la necesidad de alcanzar un 50% de localización del gasto militar para 2030, reduciendo la vulnerabilidad táctica ante eventuales embargos de armas occidentales (Kingdom of Saudi Arabia, 2016).

Figura 2

Evolución del gasto militar saudí frente a la localización de la industria de defensa en el período 2015-2025



Nota. El gráfico evidencia la transición hacia la doctrina de autoayuda. Mientras el gasto militar como porcentaje del PIB se estabiliza gracias a la diversificación económica, la trayectoria ascendente ilustra el avance ininterrumpido de la centralización industrial a través de SAMI (creada en 2017). Esta tendencia demuestra el imperativo material de la élite estatal por reducir la vulnerabilidad frente a la oscilación de las garantías de los proveedores occidentales. Datos elaborados con base en los reportes del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI, 2024) y las proyecciones presupuestarias del Ministerio de Finanzas del Reino de Arabia Saudita para el bienio 2024-2025.

1.2. La asfixia material: el *shock* exógeno del COVID-19 y la parálisis del mercado energético

Si la erosión de las garantías de seguridad estadounidenses analizada en el acápite precedente constituyó una constricción geopolítica ineludible, la irrupción de la pandemia de COVID-19 en el primer trimestre de 2020 operó como el *shock* material definitivo para la supervivencia del Estado saudí. Bajo la lente del realismo neoclásico, los *shocks* económicos externos no son meras fluctuaciones contables, sino presiones sistémicas que ponen a prueba la capacidad de la élite para movilizar recursos y mantener la integridad de la unidad política. Para el Reino, cuya arquitectura institucional se basa en la captura y distribución de rentas externas, la parálisis absoluta de la demanda energética global inducida por la emergencia sanitaria

representó un *shock* sistémico atípico que desarticuló las premisas residuales del Estado asignador (*allocation state*) y expuso las vulnerabilidades estructurales del rentismo tardío. A diferencia de las crisis de precios de 2014, motivadas por una sobreoferta técnica del *shale oil*, el escenario de 2020 introdujo una variable desconocida: la anulación simultánea del consumo industrial y del transporte a escala planetaria, lo que condujo a una saturación crítica de las capacidades de almacenamiento y al colapso de los precios de referencia hacia niveles históricamente bajos.

La gravedad de esta constricción sistémica se manifestó con crudeza el 20 de abril de 2020, cuando el precio del barril de crudo *West Texas Intermediate* (WTI) cotizó, por primera vez en la historia, en valores negativos. Aunque el marcador de referencia saudí (*Arab Light*) no alcanzó la zona negativa, la volatilidad extrema y la caída de las cotizaciones por debajo de los 20 dólares por barril generaron un escenario de asfixia fiscal inmediata. Para una élite estatal que requiere un precio de equilibrio presupuestario (*breakeven*) superior a los 75 dólares para sostener el contrato social rentista y los ambiciosos proyectos de la Visión 2030, este diferencial negativo no representó una recesión administrable, sino una amenaza existencial al corazón de la capacidad extractiva estatal. La élite, liderada por MbS en el Consejo de Asuntos Económicos y de Desarrollo (CEDA), decodificó este *shock* no como una anomalía pasajera, sino como la validación empírica de la vulnerabilidad inherente al rentismo clásico. Como sugiere Taliaferro ante una contracción masiva de los recursos externos, el Estado se ve forzado a ejecutar una reingeniería de sus capacidades internas para evitar el colapso de su posición de poder (2006, p. 480).[9]

En ese contexto de vulnerabilidad material, la respuesta de la élite saudí se articuló mediante el uso del poder de mercado para alcanzar objetivos estratégicos. Antes de alcanzar el consenso estabilizador, Riad ejecutó en marzo de 2020 una agresiva guerra de precios contra la Federación de Rusia. Esta coordinación y posterior ruptura de cuotas de producción en el seno de la OPEP+ no respondió a dinámicas de libre mercado, sino a la instrumentalización del recurso energético como un vector de presión diplomática. Al respecto, Luttwak señala que, en la arena internacional contemporánea, los Estados tienden a "sustituir los métodos militares por métodos comerciales, donde la disponibilidad de materias primas críticas y la manipulación de sus precios internacionales funcionan como los nuevos proyectiles de la

[9]Durante el segundo trimestre de 2020, los ingresos petroleros de Arabia Saudita experimentaron una caída interanual del 45%, lo que disparó el déficit fiscal por encima del 12% del PIB y obligó a la Autoridad Monetaria (SAMA) a inyectar liquidez de emergencia para evitar una crisis de balanza de pagos (FMI, 2023).

confrontación interestatal" (Luttwak, 1990, p. 21). Bajo esta premisa, la saturación deliberada del mercado petrolero impulsada por Arabia Saudita constituyó una maniobra de coerción geoeconómica destinada a forzar la cooperación de Moscú y, simultáneamente, quebrar la rentabilidad del *shale oil* estadounidense. La posterior resolución del conflicto en abril de 2020, que resultó en el mayor recorte de producción en la historia de la OPEP+, marcó la transición hacia una fase de gestión geoeconómica mucho más sofisticada y proactiva, donde la energía dejó de ser una simple mercancía para transformarse en el principal activo de negociación geopolítica frente a las grandes potencias.

Sin embargo, el *shock* del COVID-19 expuso que el manejo de la oferta externa era insuficiente si no se resolvía la atrofia extractiva interna. El modelo de paz social a cambio de inactividad tributaria (Beblawi y Luciani, 1987) reveló su inviabilidad en un escenario de ingresos externos nulos. Por primera vez en décadas, la élite decisora comprendió que la supervivencia del Estado requería romper el tabú fundamental del rentismo: la extracción de riqueza de la propia sociedad civil. En julio de 2020, en plena crisis pandémica, el gobierno saudí ejecutó una maniobra de austeridad verticalista sin precedentes: triplicó el Impuesto al Valor Agregado (IVA), elevándolo del 5% al 15%, y decretó la suspensión de los subsidios por costo de vida para los empleados públicos. Para el realismo neoclásico, esta es la demostración empírica de un incremento forzado en la capacidad extractiva del Estado (*state capacity*) como respuesta directa a una presión sistémica. La élite instrumentalizó la crisis sanitaria para acelerar reformas fiscales que en condiciones normales hubieran enfrentado una resistencia social insalvable, centralizando aún más el poder y reduciendo la dependencia del mercado petrolero volátil.[10]

Esta transformación de la capacidad extractiva interna es el puente que conecta el *shock* del COVID-19 con la ejecución material de la Visión 2030. Al observar que las reservas de divisas se erosionaban a un ritmo alarmante para cubrir el gasto corriente, la élite desplazó el foco desde el Ministerio de Finanzas hacia el PIF. Durante la pandemia, el PIF actuó no solo como un fondo soberano, sino como el brazo ejecutor de una estrategia de emulación tecnológica y financiera. Mientras los mercados globales colapsaban, el Reino utilizó sus activos remanentes para adquirir participaciones estratégicas en empresas occidentales de energía, tecnología y turismo, transformando la renta petrolera en capital productivo

[10]La decisión de triplicar el IVA fue procesada por la población no como una reforma técnica, sino como la ruptura del pacto rentista tradicional, obligando a la élite a fortalecer simultáneamente los mecanismos de control social y el nacionalismo estatal como nuevas fuentes de legitimidad política ante la pérdida de beneficios materiales.

globalizado. Esta conducta confirma la premisa de que la Visión 2030 es una gran estrategia geoeconómica defensiva: se busca diversificar la base material para que, ante el próximo *shock* sistémico, el Estado cuente con amortiguadores financieros que no dependan exclusivamente de la cotización del crudo.

La parálisis del mercado energético no solo aceleró la extracción tributaria interna, sino que desató una ventana de oportunidad inédita para la reconversión geoeconómica saudí en el plano internacional. Mientras la caída global de los mercados de valores (el *crash* de marzo de 2020) destruía el capital de las potencias occidentales, la élite estatal instruyó al PIF a ejecutar una ofensiva de adquisición de alta escala. Lejos de adoptar una postura conservadora frente al colapso de sus ingresos petroleros, el Estado saudí transfirió 40.000 millones de dólares desde las reservas del Banco Central (SAMA) hacia el PIF con el mandato expreso de adquirir participaciones accionarias masivas en corporaciones globales subvaluadas (Al Arabiya, 2020). En un lapso de semanas, el Reino capitalizó posiciones estratégicas en conglomerados de energía (BP, Shell, Total), logística, tecnología y aviación (*Boeing*), operando bajo la estricta lógica de la geoeconomía de Luttwak (1990): el uso del capital soberano como instrumento de penetración geopolítica.

Esta "táctica de emulación" financiera confirma que la Visión 2030 dejó de ser un plan de transición a largo plazo para convertirse en un mecanismo de contingencia ejecutado en tiempo real. La élite de MbS decodificó que la vulnerabilidad sistémica del COVID-19 ofrecía la posibilidad de anclar los intereses saudíes en el núcleo del capitalismo occidental, comprando influencia política a través de la propiedad corporativa. Al diversificar agresivamente su portafolio en el pico de la asfixia material, el Estado rentista tardío (Gray, 2011) demostró una capacidad de adaptación institucional que los modelos de Beblawi y Luciani (1987) consideraban imposible: la transformación de la debilidad fiscal (petróleo a precios negativos) en una ofensiva de expansión patrimonial que mitiga la dependencia estructural de cara a futuros *shocks* sistémicos.

Hacia el horizonte de 2025, la lección procesada por la élite tras la crisis del 2020 ha sido la de la autosuficiencia estratégica. La pandemia validó la percepción de MbS de que el sistema internacional es intrínsecamente inestable y que las crisis de demanda pueden ocurrir sin previo aviso. Esta decodificación cognitiva es la que explica por qué, tras la recuperación de los precios en 2022 y 2023, Arabia Saudita no regresó al patrón de gasto expansivo del pasado, sino que mantuvo la disciplina fiscal y la presión extractiva sobre su economía no petrolera. El *shock* del COVID-19, por tanto, operó como el catalizador definitivo para el fin

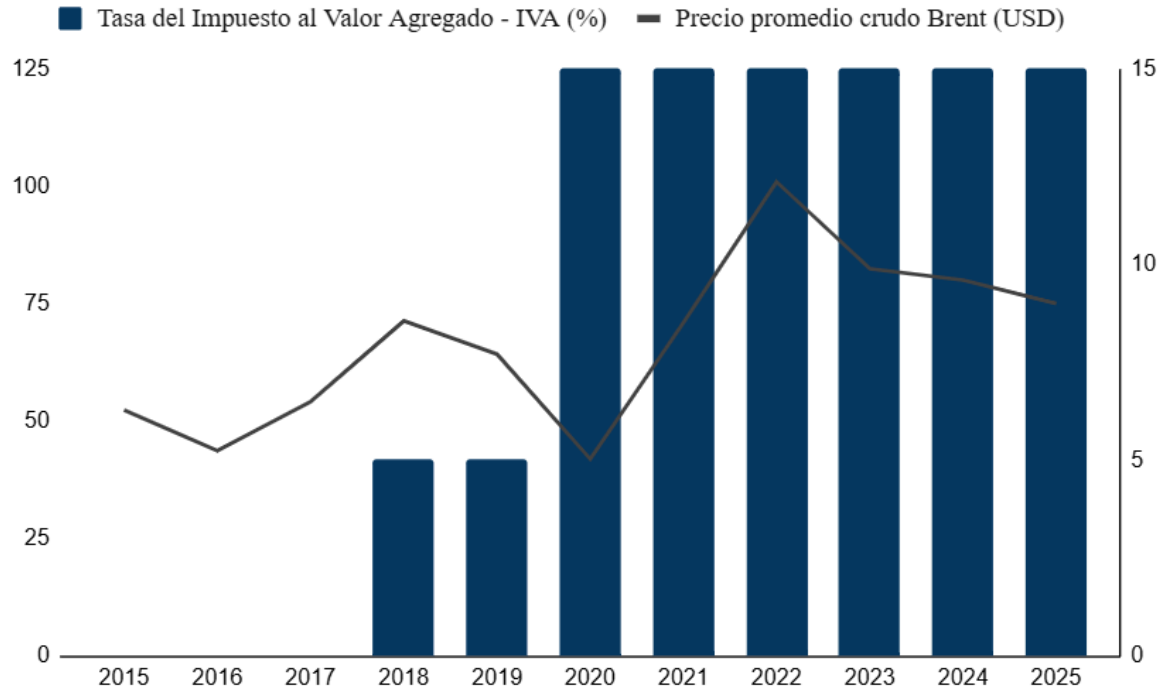
del Estado rentista clásico y el nacimiento de un Estado rentista tardío (Gray, 2011), donde la élite moviliza activamente los recursos internos para blindar la autonomía soberana. Como sostiene la teoría, la respuesta a la restricción material no fue el retraimiento, sino la expansión de las capacidades estatales para garantizar la supervivencia en una década marcada por la incertidumbre energética global.[11]

El análisis de la variable independiente del *shock* de demanda por COVID-19 permite comprender la aceleración de la reestructuración saudí. No fue una decisión de desarrollo electiva, sino una respuesta defensiva a una asfixia material que amenazaba con vaciar las arcas del Estado en menos de un lustro. El Reino comprendió que, en el nuevo desorden mundial, la única garantía de seguridad económica es la diversificación de la capacidad extractiva y el uso táctico de sus activos geoeconómicos para equilibrar las presiones de un sistema internacional anárquico y volátil.

[11]La recaudación fiscal no petrolera en Arabia Saudita aumentó un 130% entre 2019 y 2023, consolidando al IVA y a las tasas corporativas como el nuevo pilar de la solvencia estatal, permitiendo al Reino financiar megaproyectos de infraestructura como NEOM sin comprometer la estabilidad macroeconómica ante fluctuaciones de precios (FMI, 2023).

Figura 3

Colapso de la renta externa e incremento forzado de la capacidad extractiva interna



Nota. El gráfico materializa la crisis estructural del Estado rentista clásico y su transición forzada hacia la "extracción interna". La caída abrupta del precio del crudo Brent en 2020 (línea) representa el *shock* exógeno que comprometió la solvencia fiscal del Reino. Como mecanismo de contingencia, la élite centralizada ejecutó la triplicación de la tasa del IVA (barras), alterando de manera verticalista el contrato social para construir capacidad extractiva interna y financiar la supervivencia estatal. Elaboración propia con base en datos de la Energy Information Administration (EIA, 2024) y resoluciones tributarias del Ministerio de Finanzas de Arabia Saudita.

1.3. La anarquía regional y el recálculo estratégico: de la coerción bélica al equilibrio geoeconómico y la cobertura estratégica (2015-2025)

La tercera variable sistémica que configura el escenario de constricción ineludible para la élite estatal saudí es la profundización de la anarquía regional en el Golfo Pérsico y el Levante. Bajo la matriz del realismo neoclásico, el entorno vecinal no opera como un espacio de cooperación institucional o interdependencia liberal, sino como un sistema estricto de autoayuda donde la percepción de la amenaza, centralizada en la proyección asimétrica de la República Islámica de Irán, actúa como el estímulo primario para la movilización de los recursos estatales. Durante el periodo 2015-2025, la unidad política saudí transitó una fase de experimentación estratégica severa, marcada por el agotamiento del poder militar tradicional y la posterior adopción de la "gramática del comercio" (Luttwak, 1990, p. 19) como vector

definitivo de seguridad nacional. Este aprendizaje cognitivo de la élite de MbS explica la mutación de la política exterior de Riad: desde el empantanamiento cinético en Yemen y el fallido bloqueo a Catar, hasta la sofisticada maniobra de cobertura estratégica materializada en la mediación de China (2023) y la inserción en el bloque BRICS+.

El primer intento de la nueva conducción para alterar la balanza de poder regional consistió en el uso directo de la fuerza. En marzo de 2015, escasos meses después de la asunción del rey Salman, el Reino lanzó la operación Tormenta Decisiva en Yemen, con el objetivo de neutralizar a la insurgencia hutí, respaldada por Teherán. Esta intervención militar fue concebida por la élite como una demostración de autonomía operativa frente al retraimiento del paraguas de seguridad de la administración Obama. Sin embargo, la prolongación del conflicto se transformó rápidamente en una constricción sistémica. Lejos de garantizar la seguridad fronteriza, la guerra asimétrica expuso las deficiencias estructurales de las fuerzas armadas saudíes y generó un desgaste fiscal insostenible en un contexto de precios del crudo deprimidos. Para el realismo neoclásico, el fracaso operativo en Yemen operó como un *shock* cognitivo: la élite comprendió que el gasto militar masivo en equipamiento occidental no se traducía en capacidad extractiva real ni en hegemonía regional.[12]

En paralelo al desgaste yemení, Riad intentó consolidar su hegemonía en el seno del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) mediante el uso de la coerción económica. La crisis diplomática iniciada en junio de 2017, materializada en el bloqueo terrestre, aéreo y marítimo impuesto al Estado de Catar, constituye la demostración empírica de una élite intentando disciplinar su entorno inmediato. Para la Casa Saúd, la política exterior autónoma de Doha, caracterizada por el financiamiento de redes de la Hermandad Musulmana y el sostenimiento de vínculos fluidos con Irán para la explotación compartida del yacimiento gasífero North Dome/South Pars, representaba una fisura letal en el balance de amenazas. El embargo buscaba asfixiar la economía catarí y forzar su subordinación incondicional a las directrices de seguridad de Riad.

No obstante, el fracaso táctico del bloqueo desnudó las limitaciones del poder estructural saudí en el Golfo. La resiliencia de Doha, apalancada en sus formidables reservas de renta gasífera, sumada a la asistencia logística, militar y alimentaria inmediata provista por la República de Turquía y la República Islámica de Irán, demostró a la cúpula de MbS que el

[12]Las estimaciones sobre el costo de la guerra en Yemen para el tesoro saudí oscilan entre los 5.000 y 6.000 millones de dólares mensuales durante los picos de intensidad operativa (2015-2018). Este desgaste material directo minó la capacidad del Estado para financiar la etapa inicial de la Visión 2030, forzando una recalibración hacia estrategias no cinéticas (Riedel, 2019).

Reino carecía de las capacidades coercitivas necesarias para imponer un aislamiento hermético (Kamrava, 2018). Lejos de contener la influencia de sus rivales, el embargo empujó a Catar hacia la órbita de seguridad turco-iraní, agravando el cerco geopolítico sobre Arabia Saudita. El aprendizaje institucional derivado de esta doble limitación material, Yemen y Catar, condujo a la Declaración de Al-Ula en enero de 2021. Este acuerdo, que levantó el bloqueo, no fue el triunfo del institucionalismo liberal ni de la integración regional, sino un ejercicio de repliegue táctico. Riad aceptó que no podía sostener simultáneamente una guerra de desgaste en sus fronteras sur y este, y una transformación económica doméstica de la escala que exigía la Visión 2030. La finalización de la crisis del Golfo fue el prerrequisito para concentrar la capacidad extractiva del Estado en la emulación geoeconómica.

Este recálculo estratégico alcanzó su cénit en marzo de 2023, cuando Arabia Saudita ejecutó la maniobra geopolítica más rupturista de su historia reciente: la restauración de relaciones diplomáticas con Irán bajo la mediación formal de la República Popular China. Este hito empírico confirma la transición saudí hacia la cobertura estratégica y la geoeconomía pura. Ante la confirmación de que Estados Unidos no intervendría para frenar los ataques iraníes contra la infraestructura petrolera de *ARAMCO*, la élite saudí optó por emular la conducta de sus rivales. Al invitar a Beijing, el socio comercial y energético ineludible de Teherán, al centro de la arquitectura de seguridad del Golfo, Riad instrumentalizó un apalancamiento comercial en dicho socio.

La decodificación de MbS es contundente: la República Islámica es materialmente menos propensa a ejecutar sabotajes contra las refinerías saudíes si dichas acciones ponen en riesgo el suministro energético de China, el único actor sistémico capaz de mantener a flote la economía iraní bajo el régimen de sanciones occidentales. Al vincular su propia seguridad nacional con los imperativos de estabilidad de la superpotencia asiática, Arabia Saudita delega la contención de su rival en las fuerzas del mercado. Esta es la esencia de la geoeconomía defensiva: utilizar el volumen masivo de exportaciones hacia Oriente para anclar a una potencia extrarregional que oficie como garante de la no agresión, comprando así el tiempo (*buying time*) y la estabilidad que la Visión 2030 requiere para atraer inversión extranjera directa.[13]

[13]En 2023, la República Popular China absorbió más del 20% de las exportaciones de crudo saudí, consolidando a Riad como su principal proveedor. La intersección entre la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) de Beijing y la Visión 2030 convirtió a China en el principal inversor en los megaproyectos logísticos e industriales del Mar Rojo, creando una codependencia estratégica que neutraliza las dinámicas de conflicto tradicionales (OPEP, 2024).

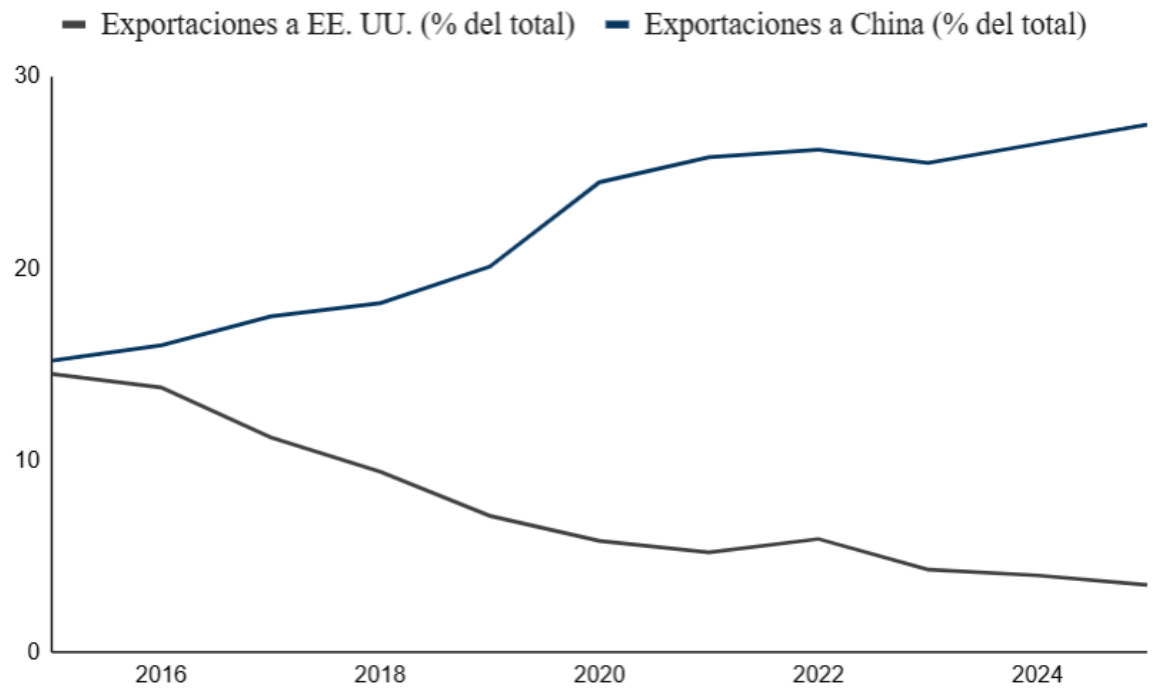
La consolidación de dicha estrategia de diversificación geoeconómica se materializó institucionalmente en el bienio 2023-2024. La aceptación de la invitación formal para integrar el bloque de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y la participación saudí como nodo neurálgico en el lanzamiento del Corredor Económico India-Medio Oriente-Europa (IMEC) en la cumbre del G20 de septiembre de 2023, evidencian un Estado que busca blindarse frente a la anarquía sistémica multiplicando sus anclajes institucionales y comerciales. La membresía en los BRICS le otorga al Reino una plataforma para coordinar políticas energéticas con Rusia y China por fuera del sistema financiero hegemonizado por el dólar estadounidense, expandiendo su capacidad estatal ante eventuales regímenes de sanciones occidentales. Por su parte, la adhesión al IMEC responde a una lógica de encarecimiento del ataque externo: al transformarse en un Estado puente imprescindible para el tránsito de mercancías entre el Indopacífico y la Unión Europea, cualquier agresión contra la integridad territorial saudí se traduce automáticamente en una crisis logística para las potencias de ambos extremos del corredor.

La anarquía regional demuestra durante la década de 2015-2025 que la política exterior saudí fue forzada a mutar desde un alineamiento dogmático y un militarismo ineficiente hacia una hiperactividad geoeconómica. La élite estatal procesó el fracaso de sus instrumentos coercitivos (*Tormenta Decisiva* y el embargo a Catar) y los reemplazó por la cooptación material (acuerdos con China, BRICS e IMEC) para estabilizar su entorno inmediato. La Visión 2030 se instituye de este modo no como un fin reformista *per se*, sino como el armazón material que hace posible esta política de cobertura estratégica: es la estrategia que provee los recursos, la infraestructura y el capital soberano para que Arabia Saudita pueda sostener su autonomía y supervivencia en un Medio Oriente posestadounidense, marcado por la fragmentación del poder y la primacía irrestricta de la autoayuda.[14]

[14]Siguiendo los lineamientos de Taliaferro (2006), la respuesta institucional saudí a la presión sistémica regional ejemplifica un proceso exitoso de emulación tecnológica y diplomática, donde un actor periférico adopta las herramientas asimétricas de sus rivales para neutralizar el desequilibrio de poder en el corto plazo, mientras financia el fortalecimiento de su propia maquinaria estatal a largo plazo.

Figura 4

Reconfiguración asimétrica de las exportaciones de crudo saudí hacia Estados Unidos y China



Nota. El gráfico demuestra el desplazamiento del centro de gravedad geoeconómico saudí frente a la alteración del sistema internacional. La caída sostenida de las exportaciones hacia los Estados Unidos refleja la pérdida de simbiosis material con el garante de seguridad histórico, mientras que el ascenso ininterrumpido de la República Popular China ilustra la táctica de emulación y cobertura estratégica. Esta asimetría comercial explica materialmente la decisión de la élite saudí de utilizar a Beijing como ancla diplomática y mediador de seguridad regional frente a Irán en 2023. Elaboración propia con base en datos de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP, 2024) y la Administración General de Aduanas de la República Popular China.

Capítulo 2: Variables intervinientes y atrofia institucional del Estado rentista clásico

2.1. Balcanización burocrática y límites estructurales del Estado asignador

La arquitectura institucional del Reino de Arabia Saudita previa a la transición de 2015 representaba la culminación de un modelo de Estado asignador cuya funcionalidad operativa estaba intrínsecamente ligada a la abundancia de rentas externas y a un equilibrio de poder dinástico que había alcanzado su límite de eficiencia material ante el agotamiento de la matriz rentista clásica. Bajo la lente del realismo neoclásico, esta configuración interna debe decodificarse no meramente como un rasgo cultural o una tradición monárquica, sino como una restricción institucional, una variable interviniente, que atrofiaba sistemáticamente la capacidad de la unidad política para procesar y responder con celeridad a las presiones de un sistema internacional signado por la anarquía regional.

En este sentido, la estructura heredada no constituía un bloque monolítico de poder absoluto, sino un archipiélago de intereses contrapuestos y feudos administrativos que impedían la movilización de recursos necesaria para la supervivencia. Esta fragmentación burocrática generaba una parálisis en la toma de decisiones estratégicas, donde cada ministerio operaba bajo lo que Hertog conceptualiza como clientelismo segmentado (*segmented clientelism*), un sistema donde "islas de eficiencia se encuentran rodeadas por un vasto mar de patronazgo dinástico" (Hertog, 2010, p. 11). En esta arquitectura, las diferentes ramas de la familia real priorizaban la preservación de sus redes de influencia interna por sobre los imperativos de seguridad nacional.

Esta parálisis institucional no fue ignorada por el vértice del poder. Siguiendo los postulados del realismo neoclásico, la variable independiente (la amenaza externa) solo se traduce en política exterior tras ser filtrada por la percepción de la élite. En el caso saudí, el círculo decisional encabezado por el entonces príncipe MbS decodificó la balcanización administrativa no como un problema de gestión técnica, sino como una vulnerabilidad existencial. La élite procesó que un Estado fragmentado en valles burocráticos era incapaz de sostener una competencia prolongada contra un Irán cada vez más asimétrico y un Estados Unidos en repliegue. Por lo tanto, la ineficiencia del Estado asignador fue asimilada por el núcleo decisor como un riesgo de colapso del régimen; esta percepción de amenaza interna, proyectada sobre el escenario de anarquía internacional, es la que otorga la racionalidad estratégica a la demolición del orden burocrático previo. La unidad política saudí padecía de

una incapacidad orgánica para actuar como un actor racional unificado, convirtiendo al Estado en un ente reactivo cuyo estrangulamiento financiero amenazaba con clausurar su autonomía estratégica.

Esta segmentación se manifestaba con especial crudeza en el sector de la seguridad y la defensa, donde la autonomía de los diferentes cuerpos militares, la Guardia Nacional, el Ministerio de Defensa y el Ministerio del Interior, impedía cualquier planificación centralizada[15]. Lejos de ser una debilidad accidental, esta fragmentación era el diseño deliberado de un régimen que buscaba prevenir golpes de Estado mediante la balcanización del poder coercitivo, pero que, en el contexto de 2014, se tradujo en una parálisis táctica inasumible. En la gramática de Hertog, estos feudos no solo consumían presupuestos masivos sin auditoría, sino que bloqueaban cualquier transferencia de tecnología que pudiera amenazar el control de las élites tradicionales. Por consiguiente, cuando la élite saudí percibió la alteración de la balanza de poder, se encontró con una maquinaria que carecía de la cohesión técnica necesaria para ejecutar la emulación que Taliaferro (2006) identifica como la respuesta natural ante la amenaza. La variable interviniente estaba tan degradada que el estímulo sistémico no lograba traducirse en una política exterior efectiva, dejando al Reino en una posición de vulnerabilidad material.

A esta atrofia administrativa se le sumaba la rigidez de un contrato social basado en la desmovilización política a cambio de una exención tributaria absoluta, un esquema que el realismo neoclásico interpreta como una debilidad estratégica de la unidad política. Durante el apogeo del modelo rentista clásico (Beblawi y Luciani, 1987), el Estado funcionaba exclusivamente como un ente distribuidor de riqueza hidrocarburífera[16]. Esta dinámica generó lo que Matthew Gray (2011) describe como una trampa de la asignación: una sociedad desconectada de la producción de valor y un Estado cuya única herramienta de legitimación era el gasto suntuario. Sin embargo, este contrato se volvió insostenible cuando el costo de mantenimiento de la estabilidad interna superó la capacidad de generación de renta externa. Para el año 2014, el Reino necesitaba que el precio del crudo se mantuviera por encima de los 90 dólares para financiar su presupuesto, en un momento donde la sobreoferta global iniciaba

[15]La Guardia Nacional Saudí (SANG), bajo el mando histórico del clan del rey Abdullah, operaba con una estructura de mando y proveedores de defensa totalmente independiente del Ministerio de Defensa, lo que servía como un contrapeso interno pero paralizaba la interoperabilidad militar del Reino en teatros de conflicto externos (Hertog, 2010).

[16]Para el cierre del año fiscal 2014, se estimaba que más del 70% del gasto público saudí se destinaba a salarios de la administración pública y a subsidios directos, dejando un margen mínimo para la inversión en infraestructura industrial defensiva (FMI, 2014).

un descenso vertiginoso de las cotizaciones[17]. La magnitud de esta contracción exógena y sus consecuencias estructurales ya habían sido anticipadas por los organismos multilaterales, advirtiendo que el mantenimiento de un precio de equilibrio fiscal excesivamente alto exponía a la economía doméstica a un deterioro abrupto de sus balances en caso de una corrección del mercado (FMI, 2014). La élite estatal se enfrentó a un dilema: el modelo de 1987 no solo no permitía financiar la defensa, sino que amenazaba con agotar las reservas soberanas en un plazo menor a una década, convirtiendo el agotamiento del excedente estratégico en el principal riesgo para la supervivencia del régimen.

Un factor determinante y a menudo subestimado en este proceso de erosión fue la estructura de subsidios energéticos domésticos, que constituía un agujero fiscal insostenible. En el marco del Estado rentista tradicional, la provisión de energía a precios ínfimos era la piedra angular de la paz social; sin embargo, para 2014, el consumo interno de petróleo crecía a una tasa que amenazaba con devorar la propia capacidad exportadora del Reino para la década de 2030 (Lahn y Stevens, 2011). Desde la perspectiva de Taliaferro (2006), esto representaba una parálisis de la capacidad extractiva en su forma más perversa: el Estado no solo no podía extraer recursos de la sociedad, sino que estaba obligado a consumir improductivamente su principal activo estratégico para sostener el consumo doméstico[18]. La élite decodificó que cada barril consumido internamente a precio subsidiado era un barril menos disponible para financiar la emulación militar o la inversión tecnológica en el PIF. Los subsidios dejaron de ser vistos como un beneficio social para ser interpretados como un freno a la gran estrategia: una sangría material que impedía al Reino proyectar poder y que subordinaba la política exterior a la necesidad de mantener un flujo de renta cada vez más esquivo.

En ese contexto de asfixia material, la nula capacidad extractiva emergió como la variable interviniente definitiva. Siguiendo a Taliaferro, la fuerza de un Estado no reside en su riqueza estática, sino en su habilidad institucional para extraer recursos, definida estrictamente como "la capacidad del aparato estatal para movilizar los recursos materiales y humanos de la sociedad con el fin de alcanzar objetivos de política exterior y seguridad nacional" (Taliaferro, 2006, p. 465). Hasta 2015, Arabia Saudita carecía de una burocracia tributaria y de

[17]El precio del crudo Brent se desplomó de un promedio de 110 USD a mediados de 2014 a menos de 50 USD hacia enero de 2015. Este *shock* representó una pérdida de ingresos de aproximadamente 100.000 millones de dólares anuales para el presupuesto saudí, acelerando la percepción de inviabilidad del modelo (EIA, 2024).

[18]Antes de las reformas de 2016, Arabia Saudita consumía internamente cerca de 3 millones de barriles diarios de petróleo, impulsado por un crecimiento anual del consumo del 7%. Sin una reforma de la capacidad extractiva y de los subsidios, el Reino se enfrentaba al riesgo teórico de convertirse en importador neto de energía para 2038, anulando su principal herramienta de poder internacional (Lahn y Stevens, 2011).

mecanismos de recaudación no petroleros, reduciendo al Estado a una unidad pasiva. Esta carencia significaba que la autonomía estatal era ficticia, pues dependía íntegramente de un mercado global que Riad ya no controlaba. La percepción de la élite sobre la hostilidad del entorno chocó con esta parálisis extractiva. La imposibilidad de gravar el capital interno sin disparar una revuelta dejaba a la política exterior sin su sustento material para sostener sus ambiciones. La centralización coercitiva que ejecutaría MbS no fue una opción tecnocrática, sino un imperativo de supervivencia: la necesidad de construir un Estado capaz de extraer valor interno para financiar una estrategia defensiva en un sistema multipolar.

La prevalencia de la *wasta*, el sistema de influencias informal, impedía la llegada de perfiles técnicos a los puestos de decisión, consolidando la atrofia en un momento de crisis. Mientras los rivales regionales lograban niveles de eficiencia superiores mediante la especialización de sus agencias, el aparato saudí permanecía anclado en una lógica dinástica donde la lealtad prevalecía sobre la competencia. Esa debilidad explica por qué, a pesar de contar con un presupuesto militar masivo, el Reino no lograba proyectar poder efectivamente. La Visión 2030 surgió como el armazón para justificar una demolición controlada de este orden fragmentado. La transformación hacia un Estado rentista tardío (Gray, 2011) exigía la unificación del mando y la destrucción de los feudos que habían balcanizado al Reino. Solo mediante una centralización radical que devolviera la autonomía al vértice decisional, la Arabia Saudita de 2015 pudo iniciar el proceso de movilización de recursos que el realismo neoclásico postula como la condición necesaria para enfrentar la vulnerabilidad sistémica.

2.2. La centralización coercitiva y la demolición de los feudos burocráticos (2015-2017)

Dado el nivel de atrofia institucional y vulnerabilidad material diagnosticado en el apartado precedente, la unidad política saudí se enfrentaba a un callejón sin salida. Bajo la lente del realismo neoclásico, cuando la supervivencia de un Estado se encuentra amenazada por presiones sistémicas de carácter existencial, en este caso, la expansión asimétrica de Irán y el repliegue de las garantías occidentales, la variable interviniente debe ajustarse con urgencia para facilitar la movilización de recursos. Sin embargo, en la Arabia Saudita de 2015, este ajuste no podía realizarse mediante reformas graduales. La capacidad de veto que ostentaban las distintas ramas de la familia real bloqueaba cualquier intento de modernización consensuada. Por consiguiente, la nueva élite estructurada en torno al rey Salman y el príncipe MbS procesó que la transición hacia un Estado rentista tardío (Gray, 2011) exigía,

como condición ineludible, la demolición forzosa del orden tradicional. La intervención ejecutada entre 2015 y 2017 debe entenderse, entonces, como un proceso de centralización coercitiva orientado a unificar el vértice decisional y recuperar el monopolio de la política exterior y de defensa.

El primer eje de esta transformación se centró en la neutralización de los enclaves de seguridad que operaban como ejércitos privados dentro de la propia arquitectura estatal. Durante décadas, la seguridad del Reino se basó en una estrategia de prevención de golpes de Estado mediante el reparto equilibrado de las fuerzas armadas entre los clanes más poderosos: el Ministerio de Defensa, el Ministerio del Interior y la SANG. Frente a la necesidad de ejecutar una respuesta militar unificada en conflictos como la guerra de Yemen y ante la percepción de que la autonomía estatal dependía de una cadena de mando única, esta fragmentación se volvió intolerable. La destitución de Mohammed bin Nayef del Ministerio del Interior y, fundamentalmente, la remoción de Miteb bin Abdullah de la Guardia Nacional en 2017[19], marcaron el fin de la era de los contrapesos dinásticos. Al subordinar estos cuerpos a la autoridad directa de la Corte Real, el Estado recuperó su capacidad operativa mínima para proyectar poder en el exterior sin las interferencias de las agendas particulares de cada rama de la familia. Esta unificación coercitiva de los aparatos de seguridad permitió al Reino pasar de una fase de dependencia pasiva a una de autoayuda estratégica, alineando por primera vez en su historia los recursos militares bajo una visión geopolítica unificada, lo que resulta fundamental para entender la agresividad de la política exterior saudí a partir de este periodo.

Esta reconfiguración coercitiva requería, para ser efectiva en el largo plazo, de un correlato institucional que reemplazara la lentitud deliberativa del viejo Consejo de Ministros y los procesos de consulta tribal-monárquica. La creación en 2015 del CEDA y del Consejo de Asuntos Políticos y de Seguridad (CPSA) representó la instauración de un núcleo decisor centralizado que eliminó de facto la autonomía de los antiguos enclaves ministeriales balcanizados. Estos consejos, presididos directamente por MbS, operaron como el filtro decisional definitivo donde la élite estatal pudo procesar las amenazas sistémicas y transformarlas en directivas técnicas inmediatas. La arquitectura del CEDA y el CPSA permitió desplazar a la vieja guardia de príncipes y reemplazarlos por una nueva tecnocracia meritocrática, cuya lealtad no estaba ligada a un clan familiar, sino a la eficiencia operativa

[19]La subordinación forzosa de la SANG en 2017 representó la aniquilación del último escollo para la unificación total del mando militar saudí. Esta maniobra eliminó la posibilidad de un contrapeso interno de poder y facilitó la reorientación de la maquinaria bélica del Reino hacia la frontera sur y la contención de la influencia iraní en el mar Rojo (Hertog, 2010).

del proyecto de supervivencia estatal. Este giro hacia la centralización técnica es lo que permitió que el Reino dejara de actuar como una suma de intereses fragmentados para convertirse en un actor estatal racional, capaz de tomar decisiones de alta complejidad geoeconómica en escalas temporales drásticamente reducidas, condición necesaria para navegar la anarquía del sistema internacional contemporáneo.

Simultáneamente a la concentración del mando político, la élite decisora debió abordar la carencia de capacidad extractiva (Taliaferro, 2006) que asfixiaba las finanzas del Reino tras el desplome de los ingresos petroleros en 2014. Dado que la construcción de un sistema tributario moderno y funcional es un proceso que requiere décadas de maduración administrativa, la urgencia de la amenaza externa obligó a la aplicación de mecanismos de extracción no convencionales. Bajo este prisma, la intervención ejecutada en noviembre de 2017, la purga del hotel *Ritz-Carlton*, adquiere su verdadera dimensión estratégica. Lejos de ser una campaña anticorrupción de corte liberal o una simple lucha de poder palaciega, este evento operó como un proceso de expropiación estratégica de emergencia. Al confiscar activos, cuentas bancarias y participaciones corporativas de la vieja guardia rentista, el Estado saudí ejecutó una extracción masiva de capital que se encontraba inmovilizado en redes de patronazgo improductivas[20]. Esta transferencia forzosa de riqueza hacia las arcas del Estado y el PIF dotó a la unidad política de la liquidez necesaria para financiar su reestructuración geoeconómica sin depender exclusivamente de una renta externa que ya no estaba garantizada por el mercado global.

La mutación del PIF tras la purga del Ritz-Carlton constituye el ejemplo más nítido de la evolución hacia el Estado rentista tardío (Gray, 2011). Al recibir los activos expropiados y ser recapitalizado con las reservas estatales, el PIF dejó de ser un fondo de pensiones pasivo para transformarse en el vehículo de combate geoeconómico del Reino. Bajo la lógica de Edward Luttwak (1990), la acumulación de capital en el PIF permitió a Riad desplegar una estrategia de "emulación" y equilibrio frente a sus competidores globales, utilizando la inversión extranjera directa como una herramienta de influencia política y seguridad nacional. El PIF pasó a operar como el brazo financiero de la autonomía estatal, permitiendo al Reino adquirir participaciones en sectores tecnológicos y energéticos estratégicos en Occidente y Asia,

[20]Los acuerdos financieros derivados de la purga de 2017, estimados en más de 100.000 millones de dólares, fueron inyectados directamente en programas de desarrollo no petrolero y en la capitalización inicial de proyectos estratégicos de la Visión 2030. Este movimiento representó una de las mayores operaciones de transferencia de capital intra-estatal en la historia moderna de Medio Oriente, priorizando la solvencia del Estado por sobre los derechos de propiedad de la aristocracia rentista tradicional (PIF, 2024).

creando una red de cooptación material que blindara al régimen ante posibles sanciones o aislamientos diplomáticos. Esta reconversión del capital privado de la aristocracia en capital estatal soberano garantizó que el Reino contara con el músculo financiero necesario para ejecutar la Visión 2030, transformando la riqueza acumulada en una variable de poder real capaz de sostener la supervivencia del Estado en un entorno internacional hostil.

La purga del *Ritz-Carlton* funcionó, asimismo, como la herramienta definitiva para quebrar la resistencia de las élites económicas tradicionales ante las reformas estructurales. Bajo el modelo rentista clásico, el sector privado saudí era un apéndice del Estado que sobrevivía gracias a los contratos públicos y a los subsidios masivos. Al golpear a los magnates y príncipes que lideraban estas redes, MbS neutralizó cualquier capacidad de veto interna contra la eliminación de privilegios fiscales y la introducción de nuevas cargas impositivas. Este proceso de centralización coercitiva garantizó la autonomía política de la élite estatal frente a su propia sociedad civil y frente a los sectores privilegiados del régimen.

Al unificar el mando político y el capital financiero bajo una misma estructura de poder, el Estado saudí se transformó en un actor unificado y ágil, capaz de movilizar sus recursos domésticos como herramientas de competencia geopolítica. La nueva verticalidad institucional, consolidada a través de la fuerza y la tecnocracia, permitió a Riad actuar con la velocidad exigida por un sistema internacional en constante turbulencia, marcando una ruptura violenta con el pasado rentista y sentando las bases materiales de la Arabia Saudita contemporánea.

2.3. La Visión 2030 como programa de movilización de recursos y legitimación interna

La ejecución de la centralización coercitiva y la consecuente desarticulación de los feudos burocráticos dotaron al vértice decisional saudí del monopolio operativo indispensable para ejercer el poder estatal. Sin embargo, desde la perspectiva del realismo neoclásico, la coerción por sí sola resulta insuficiente para sostener una gran estrategia a largo plazo frente a presiones sistémicas persistentes. Siguiendo el marco analítico de Lobell, Ripsman y Taliaferro (2009), para que un Estado logre responder eficazmente a las amenazas externas, su élite debe movilizar los recursos domésticos superando las resistencias de la propia sociedad civil.

En el contexto de la Arabia Saudita post-2015, la demolición del Estado asignador puro generaba un vacío de legitimidad inminente: al confiscar el capital de la aristocracia rentista y

prepararse para desmantelar los subsidios universales, el régimen corría el riesgo de quebrar el contrato social que había garantizado la estabilidad interna desde la fundación del Reino. Es en esta encrucijada donde la formulación y el despliegue de la Visión 2030 adquieren su verdadera dimensión teórica. Lejos de constituir un programa de modernización económica de corte liberal o una simple campaña de relaciones públicas internacionales, la Visión 2030 operó como el andamiaje ideológico y material diseñado para legitimar la transición hacia lo que Gray define como un Estado rentista tardío, un modelo caracterizado por la necesidad estatal de "reconfigurar los mecanismos de asignación tradicionales a través de estrategias geoeconómicas activas y una diversificación controlada que preserve la autonomía de la élite en el poder" (Gray, 2011, p. 21). De este modo, se proveyó una narrativa de supervivencia nacional que justificara la imposición de una inédita capacidad extractiva sobre la población saudí.

El aspecto más disruptivo de este programa fue la instauración empírica de la maquinaria extractiva teorizada por Taliaferro (2006). Durante décadas, el Estado rentista clásico funcionó bajo la premisa de la exención tributaria absoluta; gravar el consumo o la renta privada equivalía a romper el núcleo del pacto de desmovilización política (Beblawi y Luciani, 1987). No obstante, la élite decisora procesó que la autonomía geoeconómica del Reino en un sistema internacional hostil no podía financiarse exclusivamente con la volatilidad del crudo. Bajo el amparo discursivo de la Visión 2030, que prometía una transición hacia una economía post-petrolera y la creación de un sector privado dinámico, el Estado ejecutó una extracción forzosa de recursos internos de una magnitud sin precedentes en el Golfo.

La introducción del Impuesto al Valor Agregado (IVA) y la drástica reducción de los subsidios a los combustibles y servicios públicos representaron una transferencia masiva de riqueza desde la sociedad civil hacia las arcas del Estado[21]. Esta maniobra, justificada ante la población como un sacrificio temporal indispensable para garantizar el futuro del Reino, dotó al régimen de una fuente de ingresos soberana, desligada de la demanda energética externa y directamente orientada a financiar la emulación militar y tecnológica.

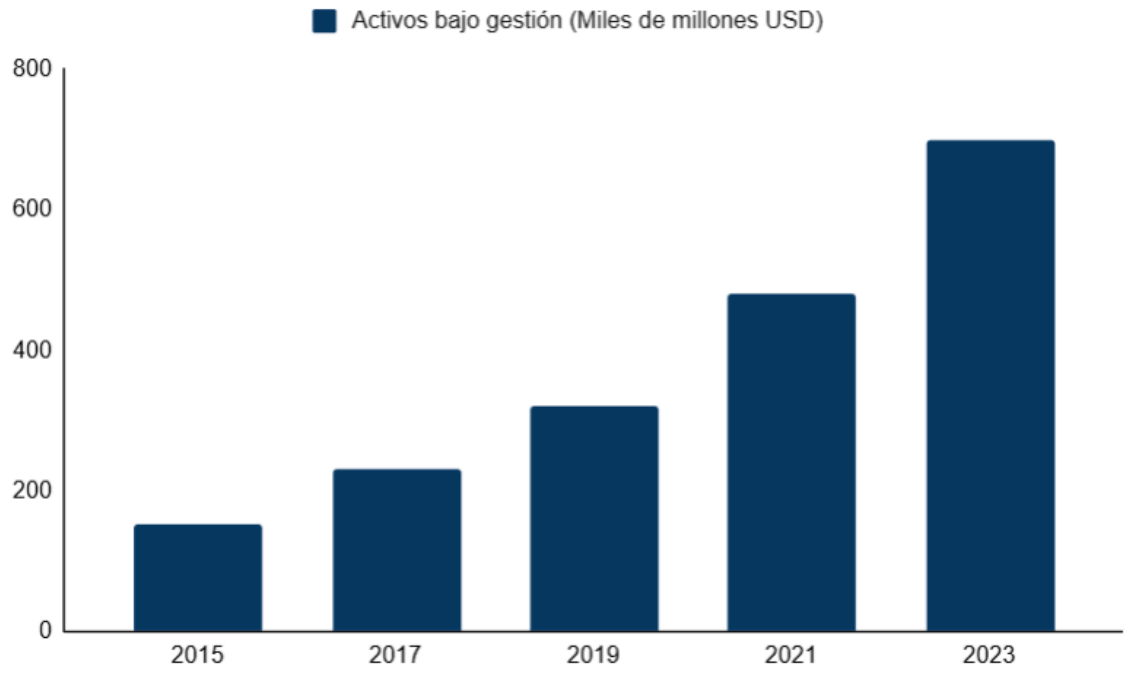
[21]La implementación de una capacidad extractiva formal comenzó en 2018 con la introducción de un IVA del 5%, una medida sin precedentes en la historia fiscal del Reino. Ante el colapso de los precios del crudo inducido por la pandemia en 2020, el Estado demostró su nueva autonomía decisional al triplicar unilateralmente la alícuota al 15% y suspender el pago del subsidio de costo de vida para los empleados públicos, priorizando la solvencia soberana por sobre el confort del pacto rentista tradicional (FMI, 2023).

La movilización de recursos estructurada bajo la Visión 2030 no se limitó exclusivamente a la extracción de rentas de la sociedad civil, sino que implicó una profunda mutación en la forma en que el Estado saudí interactuaba con el capital transnacional. El hito paradigmático de esta transformación material fue la Oferta Pública Inicial (OPI) de *Saudi ARAMCO* en el año 2019. Si bien una lectura ortodoxa podría interpretar la venta parcial de la empresa estatal más rentable del mundo como una claudicación liberal, bajo los postulados de la geoeconomía, esta operación constituyó una maniobra orientada a garantizar la seguridad nacional mediante la manipulación de las variables de mercado, asumiendo que las dinámicas interestatales contemporáneas exigen que "la lógica del conflicto se traduzca en la gramática del comercio, donde el capital soberano y la inversión selectiva se erigen como los principales instrumentos de proyección de poder" (Luttwak, 1990, p. 19). Al colocar acciones de *ARAMCO* en el mercado, el Estado no sólo inyectó miles de millones de dólares directamente en el PIF para financiar su diversificación, sino que entrelazó estratégicamente los intereses del capital financiero global con la supervivencia del régimen de Riad[22]. Esta capitalización del activo soberano supremo funcionó como un escudo geopolítico: al convertir a fondos de inversión e inversores institucionales extranjeros en accionistas minoritarios de su principal fuente de poder, la élite saudí generó una red de cooptación material que desincentivaba cualquier intento de aislamiento diplomático o sanción económica, al tiempo que obtenía el flujo de caja inmediato requerido para sostener la maquinaria del Estado.

[22]La Oferta Pública Inicial de *Saudi ARAMCO* en diciembre de 2019, donde se comercializó inicialmente el 1,5% del paquete accionario, representó en su momento la mayor salida a bolsa de la historia financiera global, evidenciando la capacidad del Estado saudí para absorber liquidez (aproximadamente 29.400 millones de dólares) y redirigirla hacia la capitalización de los instrumentos geoeconómicos del PIF (*Saudi ARAMCO*, 2019, p. 26).

Figura 5

Evolución de los activos bajo gestión del PIF como herramienta de emulación geoeconómica (2015-2023)



Nota. El salto exponencial en la acumulación de capital soberano ilustra empíricamente la transformación de la capacidad extractiva saudí. La inflexión a partir de 2017 evidencia la inyección de liquidez producto de la centralización coercitiva (Ritz-Carlton) y, posteriormente en 2019, los flujos derivados de la Oferta Pública Inicial de *Saudi ARAMCO*. El PIF abandona su pasividad histórica para constituirse como el músculo financiero de la Visión 2030. Elaboración propia con base en los reportes financieros anuales del Fondo de Inversión Pública (PIF, 2024).

De manera complementaria, la legitimación narrativa de la Visión 2030 permitió a la unidad política saudí inaugurar un mecanismo de movilización de recursos hasta entonces inexplorado por la ortodoxia rentista: la emisión agresiva y sistemática de deuda soberana en los mercados internacionales. Históricamente, el Estado asignador operaba bajo la lógica de la acumulación pasiva de reservas sin incurrir en pasivos externos significativos. No obstante, frente a la volatilidad del precio del barril y la magnitud de los desembolsos exigidos por los megaproyectos (*giga-projects*) orientados a construir autonomía tecnológica y logística, el círculo decisor comprendió que el agotamiento acelerado de los activos líquidos representaba una vulnerabilidad inaceptable frente a las fluctuaciones del sistema internacional.

La transición hacia el Estado rentista tardío (Gray, 2011) exigía, paradójicamente, aprovechar la estabilidad del Reino para apalancar su desarrollo a través del crédito[23]. La emisión de bonos soberanos e islámicos (*sukuk*) se convirtió en una herramienta sistemática para financiar el déficit operativo sin detener el ritmo de la emulación. Esta sofisticación financiera evidencia una evolución radical en la capacidad del Estado: la élite logró transformar la percepción de los mercados internacionales a su favor, utilizando la promesa de diversificación de la Visión 2030 como aval para absorber capital externo, preservando simultáneamente el monopolio coercitivo interno.

Para que esta extracción material y financiera no derivara en una fractura del régimen a nivel doméstico, la élite estatal debió diseñar un mecanismo de compensación ideológica. El realismo neoclásico postula que los líderes actúan como correas de transmisión entre las presiones del sistema internacional y las restricciones del ámbito interno. En este sentido, la Visión 2030 funcionó como el instrumento de legitimación mediante el cual MbS reemplazó el tradicional consenso religioso-wahabita por un hipernacionalismo de Estado, verticalista y pragmático.

El viejo pacto con el clero conservador, que históricamente operaba como un vector de legitimidad pero imponía vetos paralizantes a la modernización, fue desmantelado y sustituido por una lealtad directa hacia la figura del príncipe heredero y el proyecto soberano. Esta reconfiguración identitaria no obedeció a una voluntad de secularización occidentalizante, sino a una necesidad estricta de seguridad nacional: la movilización de recursos exigía la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral formal y la creación de industrias de entretenimiento para recapturar la fuga de capitales hacia el exterior[24]. El nacionalismo exacerbado se erigió así como el nuevo aglutinante social, permitiendo al Estado neutralizar a los sectores religiosos reaccionarios y obtener la aquiescencia de la base demográfica juvenil frente al aumento de la presión fiscal y el retiro del Estado providente.

La Visión 2030 operó como la herramienta de sutura entre la "vulnerabilidad sistémica y la reestructuración doméstica". Al enmarcar la supresión del clientelismo segmentado (Hertog,

[23]A partir de 2016, el Reino abandonó su histórica reticencia al endeudamiento externo y comenzó a emitir bonos en dólares de manera sostenida, un giro estructural que permitió a la Corte Real financiar las metas de la Visión 2030 y cubrir sus déficits presupuestarios sin liquidar prematuramente los activos estratégicos soberanos ni detener su agenda geopolítica regional (FMI, 2023).

[24]Previo a las reformas enmarcadas en la Visión 2030, se estimaba que la población saudí gastaba más de 20.000 millones de dólares anuales en turismo y entretenimiento en jurisdicciones vecinas. La liberalización social interna, impulsada verticalmente, operó geoeconómicamente como un mecanismo de retención de capital doméstico, redirigiendo esos flujos hacia megaproyectos y desarrollos bajo el control exclusivo del Estado (Kingdom of Saudi Arabia, 2016).

2010), la imposición de cargas tributarias y la apertura a la deuda dentro de una epopeya de salvación nacional, la élite saudí logró lo que la teoría rentista clásica consideraba imposible: transformar a una población dependiente de la asignación estatal en una base imponible, sin ceder en el proceso ninguna concesión en materia de representación política u horizontalización del poder. Esta legitimación de la extracción dotó a la unidad política saudí de la cohesión interna y el volumen de liquidez necesarios para soportar los embates de la anarquía regional, como se evidenciaría en su asertividad posterior.

El Estado rentista tardío, consolidado institucionalmente mediante la coerción y legitimado a través de la Visión 2030, emergió a finales de la década de 2010 como una maquinaria geoeconómica hiperactiva y centralizada. Esta profunda transformación estructural de la variable interviniente constituyó el prerrequisito material ineludible que permitió al Reino desplegar, como se examinará en el capítulo 3 hasta el cierre del recorte temporal en diciembre de 2025, una política exterior basada en la autonomía estratégica y la proyección de poder asimétrico en el sistema internacional.

Capítulo 3: La Visión 2030 como estrategia de emulación geoeconómica y supervivencia estatal

3.1. Construcción coercitiva de la capacidad extractiva en la transición al Estado rentista tardío

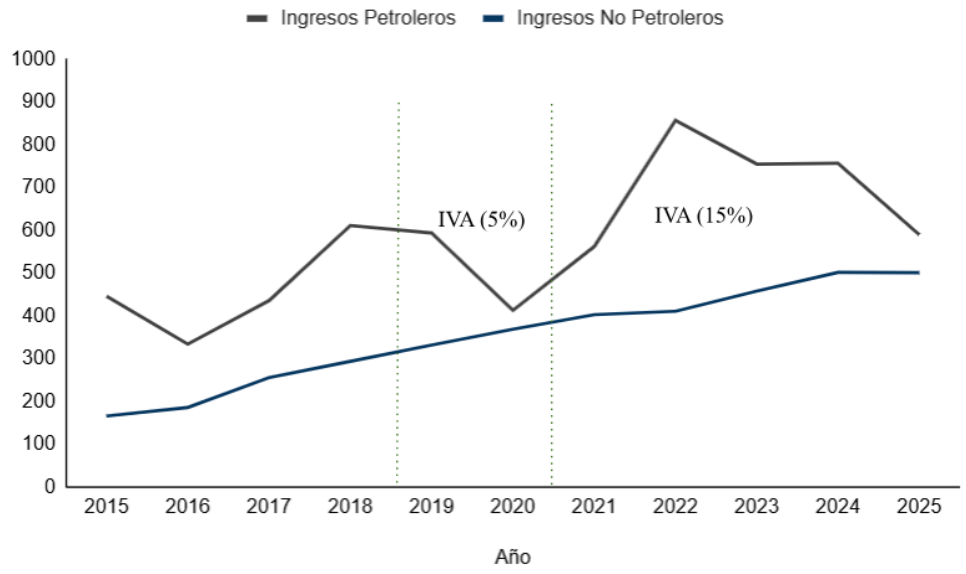
Habiendo diagnosticado y consolidado la centralización coercitiva que desarticuló los feudos burocráticos del aparato estatal, la élite saudí alcanzó el prerrequisito institucional ineludible para proyectar su supervivencia en la arena internacional. En términos del modelo de transmisión del realismo neoclásico, esta alteración radical de la variable interviniente, la superación de la atrofia del Estado rentista clásico, habilitó el despliegue fáctico de la *Visión 2030* no como un mero programa de diversificación diseñado para mitigar su extrema dependencia material, sino como una estrategia de emulación y autoayuda. La unidad política saudí decodificó que la pasividad material significaba el colapso inminente ante la magnitud de los *shocks* sistémicos externos experimentados en el periodo 2015-2025. La severa oscilación y el retraimiento de las garantías de seguridad de Washington, superpuestos a la parálisis de la demanda energética inducida por el COVID-19 y la consolidación del asedio asimétrico de la República Islámica de Irán, operaron como la fuerza exógena constrictiva que forzó al Reino a abandonar su dependencia externa. La transición hacia un modelo de hiperactividad capitalista dictado verticalmente desde la Corte Real se erigió, de este modo, como la respuesta institucional directa y calculada para neutralizar la vulnerabilidad. Siguiendo a Matthew Gray (2011), el nacimiento de este Estado rentista tardío implicó la asunción de una postura agresiva en la movilización de los recursos internos, en tanto el Estado se erige como "el actor dominante del capitalismo de Estado" (Gray, 2011, p. 15), transformando a la monarquía en un actor geoeconómico capaz de intervenir directamente en la conformación de su propia base de poder nacional para garantizar la perpetuación del régimen frente a un entorno percibido como existencialmente hostil.

Esta maniobra de supervivencia material exigió, en primera instancia, demoler el axioma fundamental de la ortodoxia rentista formulada por Beblawi y Luciani (1987), el cual postulaba que la “paz social y la desmovilización política” de la ciudadanía se garantizaban exclusivamente mediante la exención tributaria absoluta. Ante la insuficiencia estructural de la renta externa para financiar los costos superlativos de la emulación tecnológica y la contención militar, el vértice estatal comprendió que la autonomía estratégica internacional requería inevitablemente de la extracción doméstica. Este quiebre paradigmático se

materializó empíricamente con la instauración del Impuesto al Valor Agregado (IVA). Implementado inicialmente en un 5% en 2018, la verdadera demostración de la nueva capacidad extractiva dura del Estado (Taliaferro, 2006) ocurrió durante el paroxismo del *shock* pandémico en julio de 2020, cuando la élite de MbS decretó de manera verticalista y unilateral la triplicación de la alícuota al 15%[25], acompañada por la suspensión fulminante de los subsidios por costo de vida para la administración pública. El Estado saudí abandonó definitivamente su rol histórico como mero asignador de la riqueza hidrocarburífera para erigirse como un extractor implacable del excedente generado por su propia sociedad civil. Esta decisión desafió el pesimismo determinista de la literatura clásica, demostrando que un Estado altamente centralizado posee la "resiliencia coercitiv"a para imponer cargas fiscales onerosas sin conceder, en contrapartida, ningún mecanismo de representación democrática u horizontalización del poder.

Figura 6

Evolución comparativa de los ingresos fiscales del Estado saudí (2015-2025)



Nota. Valores expresados en miles de millones de riyales saudíes (SAR). La trayectoria ascendente de la recaudación no petrolera, de SAR 166 mil millones en 2015 a SAR 501 mil millones en las estimaciones de 2025, evidencia empíricamente la construcción de capacidad extractiva interna impulsada por la centralización estatal, en contraste con la volatilidad estructural de las rentas internacionales. El año 2025 incluye proyecciones presupuestarias oficiales. Elaboración propia con base en el Ministerio de Finanzas del Reino de Arabia Saudita (2026).

[25]El 11 de mayo de 2020, a través de la Saudi Press Agency (SPA), el Ministerio de Finanzas anunció oficialmente un paquete de austeridad fiscal sin precedentes frente al colapso de los precios del crudo y los efectos constrictivos de la pandemia de COVID-19. La medida central fue el incremento del Impuesto al Valor Agregado del 5% al 15%, efectivo a partir del 1 de julio de 2020, acompañado por la suspensión definitiva del subsidio mensual por costo de vida que percibían los empleados estatales (SPA, 2020).

No obstante, la recaudación impositiva sobre el consumo civil resultaba matemáticamente insuficiente para inyectar la masa crítica de liquidez que demandaba la arquitectura geoeconómica de la Visión 2030. En consecuencia, el núcleo decisor ejecutó una maniobra de expropiación y centralización del capital dirigida específicamente contra las cúpulas de la vieja burguesía comercial y las facciones dinásticas rivales. Las operaciones de confinamiento ejecutadas en el hotel Ritz-Carlton de Riad en el último trimestre de 2017 constituyen la demostración empírica de este imperativo de acumulación soberana. Operando bajo el amparo retórico e instrumental de una campaña de saneamiento administrativo, el Estado confiscó decenas de miles de millones de dólares en activos financieros líquidos, bienes raíces transnacionales y participaciones corporativas estratégicas. Su objetivo primordial fue desarticular las redes de patronazgo que sostenían el clientelismo segmentado, una estructura paralizante caracterizada por la "existencia paralela y a menudo estrictamente separada de instituciones y clientelas" (Hertog, 2010, p. 12), arrebatando los recursos inmovilizados en los enclaves burocráticos balcanizados para someterlos a la autoridad unificada de la monarquía reinante. Esta transferencia forzosa de riqueza intra-élite hacia las arcas soberanas permitió capitalizar los instrumentos de emulación exterior sin depender de la volatilidad de los mercados energéticos ni del endeudamiento externo asfixiante, clausurando definitivamente las rigideces del rentismo ortodoxo.

La viabilidad a largo plazo de esta construcción de capacidad extractiva material requirió, como condición de posibilidad ineludible, la neutralización simultánea de los actores domésticos con capacidad de veto ideológico. Históricamente, el pacto fundacional del Reino delegó el monopolio del espacio público y la matriz de legitimación de la Casa Saúd en el estamento clerical wahabí, materializado institucionalmente en el aparato coercitivo de la policía religiosa. Durante el auge del Estado asignador, esta alianza operó como un garante eficaz de la desmovilización, pero frente a las constricciones sistémicas de la década 2015-2025 y los imperativos de supervivencia de la Visión 2030, el clero conservador mutó hacia un obstáculo estructural inasumible. La élite estatal decodificó que la necesaria inserción masiva de la demografía juvenil y femenina en el mercado laboral privado, sumada al fomento imperativo de industrias no petroleras como el turismo y el entretenimiento para frenar la fuga crónica de capitales hacia jurisdicciones vecinas, eran objetivos geoeconómicos incompatibles con la autonomía regulatoria de las autoridades religiosas.

A partir de 2016, el vértice político ejecutó una supresión punitiva y sistemática de dichas prerrogativas, despojando formalmente a la policía religiosa de su capacidad de arresto[26] e intervención directa sobre la sociedad civil. Esta castración operativa no obedeció en lo absoluto a una voluntad de liberalización ontológica o secularización occidentalizante, sino a un crudo ejercicio de extracción ideológica tendiente a centralizar la autoridad discursiva del régimen. Al someter a la ortodoxia religiosa a la subordinación absoluta de la Corte Real, el Estado eliminó al último jugador de veto histórico de su política interna y sustituyó la legitimidad teocrática por un hipernacionalismo de Estado verticalista.

La dimensión sociológica más profunda de esta reestructuración, diseñada milimétricamente para subsanar las rigideces paralizantes del modelo anterior, radicó en la alteración coercitiva del mercado de trabajo. En la estructura del rentismo ortodoxo, la legitimidad monárquica descansaba sobre una disociación productiva: el Estado garantizaba empleo burocrático improductivo y altamente remunerado para sus ciudadanos, mientras delegaba el funcionamiento real de la maquinaria económica en un contingente masivo de mano de obra extranjera barata, temporal y desprovista de derechos políticos.

Para sostener materialmente la gran estrategia de la *Visión 2030* y evitar el colapso fiscal, la unidad política saudí se vio forzada a incorporar a su propia demografía al circuito de acumulación capitalista mediante la radicalización y endurecimiento del programa *Nitaqat*. Lejos de ser interpretable como una simple política de fomento al empleo o un subsidio keynesiano, este programa opera estrictamente como un instrumento de coerción estatal directa sobre el sector privado. A través de un sistema inquebrantable de bandas categóricas, el Estado impone cuotas obligatorias y crecientes de contratación de ciudadanos saudíes, penalizando a las corporaciones que incumplan las métricas de asimilación laboral con la paralización de sus operaciones, multas confiscatorias, el bloqueo inmediato del sistema de visados para importar talento extranjero y la exclusión definitiva de las lucrativas licitaciones públicas[27]. Mediante esta maniobra, el Estado rentista tardío abandona formalmente la

[26]El 11 de abril de 2016, mediante un decreto del Consejo de Ministros, el Estado saudí aprobó un nuevo estatuto para el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio (CPVPV). La reforma normativa prohibió explícitamente a los agentes del Comité detener, perseguir, solicitar documentos o interrogar a los ciudadanos, limitando sus funciones a la persuasión verbal y obligándolos a reportar cualquier sospecha de infracción civil directamente a la policía regular o a las fuerzas de seguridad (Consejo de Ministros del Reino de Arabia Saudita, 2016).

[27]El programa *Nitaqat*, gestionado por el Ministerio de Recursos Humanos y Desarrollo Social, clasifica a las empresas en cinco bandas (Platino, Verde Alto, Verde Medio, Verde Bajo y Rojo) según su tasa de asimilación laboral. Las corporaciones que caen en la categoría Roja sufren la denegación automática de nuevas visas de trabajo para expatriados, la imposibilidad de emitir o renovar permisos de trabajo y la prohibición de transferir

provisión de bienestar pasivo para imponer la disciplina laboral sobre sus súbditos, descargando la inmensa presión fiscal del sostenimiento demográfico sobre las espaldas de la burguesía comercial. Esta transferencia del costo social permite a la élite gobernar con una agilidad inédita, liberando una masa crítica de liquidez soberana para redirigirla hacia la financiación exclusiva de los vectores de proyección de poder en el exterior.

El corolario estratégico de esta movilización extractiva integral fue la reconfiguración financiera de la base material suprema del Reino y del mercado energético global a través de la corporación estatal *Saudi ARAMCO*. La OPI concretada a finales del año 2019 no respondió, bajo ninguna métrica analítica, a las lógicas de privatizaciones, desregulación de mercados o retirada del Estado que prescribe la ortodoxia del libre mercado. Por el contrario, representó una maniobra eminentemente geoeconómica anclada en los imperativos del realismo neoclásico.

Ante la constatación fáctica de que las reservas geológicas de hidrocarburos perdían valor estratégico relativo a largo plazo frente a la proliferación de la tecnología del *shale oil* y la inminencia de los *shocks* de demanda internacionales, la élite decisora optó por monetizar una fracción deliberadamente minoritaria, circunscrita a un 1,5% (*Saudi ARAMCO*, 2019, p. 26), de su monopolio extractivo absoluto. El objetivo excluyente de esta operación de mercado no fue ceder ni un milímetro del control soberano sobre la política de producción energética del país, la cual se mantuvo herméticamente centralizada, sino transformar un activo pesado y estático bajo la superficie terrestre en capital financiero de altísima liquidez y disponibilidad inmediata. La colocación de estas acciones en el parqué de Tadawul absorbió una liquidez internacional y doméstica masiva que no fue destinada a la contabilidad general del Estado para sostener el gasto corriente asistencialista. Por el contrario, los miles de millones de dólares resultantes de la OPI fueron canalizados de manera directa, íntegra y exclusiva hacia el nuevo motor de la política exterior y de defensa de la monarquía: el PIF. Mediante esta articulación de política pública, la unidad política completó la reconversión de la riqueza estática de su viejo enclave petrolero en el armamento financiero dinámico e indispensable para mitigar el cerco de las vulnerabilidades externas, iniciando formalmente su fase de emulación internacional (Taliaferro, 2006) y clausurando la debilidad institucional que la había condenado a la pasividad durante las décadas precedentes.

patrocinios, operando como un mecanismo de coerción ineludible (Ministerio de Recursos Humanos y Desarrollo Social, 2021).

3.2. Instrumentalización del Fondo de Inversión Pública y despliegue de la cobertura geoeconómica

Habiendo ejecutado la centralización forzosa del capital interno y la monetización parcial de sus activos estratégicos, la élite estatal saudí enfrentaba el imperativo de canalizar dicha liquidez hacia fines estrictamente geopolíticos. Bajo la conducción ininterrumpida de MbS, el PIF sufrió una metamorfosis institucional radical, abandonando su diseño histórico como un fondo de ahorro pasivo para reconvertirse en el brazo armado de la estrategia exterior del Reino. Su mandato supremo fue desvinculado de la maximización de rentabilidad financiera a corto plazo para subordinarse a la lógica del conflicto internacional. El PIF comenzó a operar como el vector central para la adquisición de activos críticos, la coerción sobre las cadenas de suministro globales y la construcción de industrias estratégicas desde cero, garantizando la autonomía estatal frente a la anarquía regional mediante la estricta aplicación de la gramática geoeconómica (Luttwak, 1990).

La primera materialización de esta maquinaria se dirigió a neutralizar la vulnerabilidad más crítica del Estado saudí, su atrofia armamentística. Durante décadas, la cuota mayoritaria del exorbitante presupuesto de defensa nacional se filtraba hacia el exterior mediante la importación de sistemas de armas occidentales, evidenciando la carencia absoluta de un complejo militar-industrial autóctono. Ante el retraimiento del paraguas de seguridad de Washington y la necesidad ineludible de sostener la contención bélica en Yemen, esta dependencia estructural fue decodificada por la Corte Real como una amenaza inasumible. La élite comprendió que un embargo tecnológico dictado por el Congreso estadounidense tenía el potencial de paralizar la capacidad de defensa nacional en cuestión de semanas.

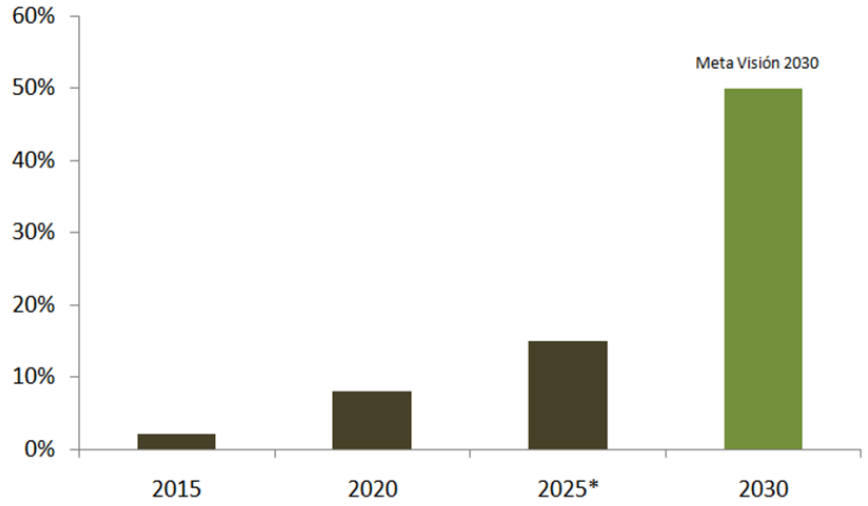
Frente a esta constricción, el PIF ejecutó una maniobra de emulación material sin precedentes a través de la creación de la corporación estatal SAMI. Rompiendo con la histórica diplomacia de chequera, la unidad política comenzó a utilizar su inmenso poder de monopsonio como mecanismo de coerción sobre los contratistas de defensa globales. La nueva directriz estableció que las corporaciones armamentísticas extranjeras solo podrían acceder a las licitaciones saudíes si aceptaban la conformación de empresas conjuntas, la radicación de plantas de ensamblaje en territorio soberano y la transferencia irrestricta de tecnología bélica[28].

[28]Hacia fines de 2023, SAMI consolidó la firma de empresas conjuntas con corporaciones globales como Lockheed Martin, Boeing y Navantia, imponiendo contractualmente la transferencia de propiedad intelectual y la fabricación local de componentes críticos para aeronaves y sistemas de defensa antimisiles como condición *sine qua non* para la firma de contratos estatales (General Authority for Military Industries, 2023).

La meta establecida por la Visión 2030 de localizar la mitad del gasto militar constituye el intento definitivo del Estado por ejecutar una estrategia ineludible de emulación tecnológica. Para el realismo neoclásico, esta táctica representa un imperativo estricto de supervivencia, dado que fracasar en la asimilación de la matriz institucional y militar de las potencias dominantes condena a la unidad política a "sucumbir a brechas de poder relativo, vulnerabilidad exacerbada o incluso la extinción" (Taliaferro, 2006, p. 476). Bajo esta premisa sistémica, la articulación de la corporación estatal SAMI opera como la herramienta material para reducir drásticamente la exposición a las presiones diplomáticas atlánticas y garantizar la disuasión frente a la asimetría iraní.

Figura 7

Progresión de la localización de la industria militar en Arabia Saudita (2015-2030)



Nota. Los valores representan el porcentaje del gasto estatal en equipamiento de defensa adjudicado a corporaciones radicadas en territorio soberano. La progresión materializada durante el recorte temporal de esta investigación, junto con la meta oficial proyectada, refleja la táctica de emulación orientada a mitigar la vulnerabilidad tecnológica frente a proveedores externos mediante la articulación de la corporación estatal SAMI. Elaboración propia con base en directrices de la General Authority for Military Industries (GAMI, 2023).

De manera complementaria a la disuasión militar, la unidad política requería mitigar el riesgo sistémico generado por el vacío de poder estadounidense. Para lograrlo, el PIF ejecutó una sofisticada estrategia de cobertura mediante el acoplamiento asimétrico a la República Popular China. A través de un despliegue masivo de capitales hacia dicho país asiático, la élite estatal centralizada entrelazó los objetivos logísticos e industriales de la Visión 2030 con la *Iniciativa de la Franja y la Ruta* impulsada por Beijing. Esta diplomacia de inversiones no

se limitó a la exportación primaria, sino que se materializó en la financiación directa de complejos de refinación y petroquímica en suelo chino, garantizando a largo plazo el suministro ininterrumpido que demanda la matriz industrial asiática[29]. Al intervenir agresivamente en la infraestructura extranjera y, de manera recíproca, facilitar el ingreso de capitales tecnológicos chinos a las zonas económicas especiales saudíes, la unidad política forjó una relación material significativa.

El objetivo geopolítico subyacente es transformar la integridad territorial de la Casa Saúd en un factor cada vez más relevante para los intereses de seguridad energética de Beijing. En un escenario de escalada bélica, cualquier sabotaje iraní sobre las instalaciones energéticas saudíes dejaría de ser un conflicto regional para convertirse en un ataque directo contra la seguridad energética de China. Mediante esta maniobra, la élite utiliza la capacidad financiera concentrada en el PIF para adquirir garantías de seguridad asimétricas, erigiendo un escudo geoeconómico que compensa la ausencia de compromisos militares formales por parte de Occidente.

La densidad empírica de este acercamiento a Asia se evidencia con nitidez en la política de adjudicación de la infraestructura crítica de telecomunicaciones. Frente a la agresiva campaña de coerción diplomática desplegada por Washington para excluir a las corporaciones chinas de las redes de sus aliados, la élite saudí ejecutó una insubordinación material calculada mediante la entrega del desarrollo integral de su red 5G, tanto comercial como gubernamental, a la tecnológica Huawei[30]. Al entrelazar el sistema nervioso digital del país con el ecosistema cibernético de Beijing, el Estado saudí construyó un blindaje que eleva exponencialmente los costos de una eventual sanción occidental. El Reino convierte así su propia soberanía en un activo irrenunciable para la proyección de poder china, asegurando que cualquier amenaza exógena contra la estabilidad del régimen saudí repercuta de manera inmediata e inevitable en los intereses estratégicos de la superpotencia asiática.

Esta territorialización de la estrategia defensiva exigió una reconfiguración espacial radical dentro de las propias fronteras del Reino. La maquinaria burocrática tradicional operaba como

[29]La materialización más evidente de esta interdependencia fue la adquisición por parte de Saudi ARAMCO del 10% del conglomerado petroquímico Rongsheng Petrochemical Co. Ltd., anunciada en 3.600 millones de dólares y cerrada en 3.400 millones de dólares tras fluctuaciones cambiarias, a cambio de asegurar la colocación garantizada de 480.000 barriles diarios de crudo saudí (Saudi Aramco, 2023).

[30]Arabia Saudita ignoró las presiones formales del Departamento de Estado de los EE. UU. y firmó un memorando de entendimiento integral con Huawei, corporación que procedió a inaugurar un centro regional de procesamiento de datos en Riad (*cloud region*) para alojar y gestionar los servicios digitales del propio gobierno saudí (Al Jazeera, 2022).

un conglomerado ineficiente, capturado por lógicas de patronazgo cuya reforma estructural resultaba materialmente inviable y políticamente desgastante a corto plazo. Ante esta constricción doméstica limitante, el PIF financió una estrategia de elusión institucional sin precedentes mediante la creación del gigaproyecto NEOM. Lejos de constituir un mero plan urbanístico u obra de infraestructura civil, esta megaciudad a orillas del Mar Rojo opera empíricamente como una jurisdicción paralela; una *tabula rasa* regulatoria escindida jurídica y administrativamente del resto de las provincias, y subordinada de manera exclusiva a la Corte Real[31]. Al establecer un territorio diseñado desde sus cimientos para la atracción de capital tecnológico transnacional, el Estado elude la fricción de la vieja burguesía y se dota de la agilidad institucional necesaria para integrarse velozmente a las cadenas de valor globales. NEOM representa el intento fáctico del Estado por construir una base material post-petrolera incontaminada por las rigideces del viejo pacto social, consolidando la viabilidad económica y la supervivencia de la monarquía a largo plazo.

Finalmente, para sellar el frente interno de su supervivencia, el PIF abordó la vulnerabilidad estructural derivada de la dependencia alimentaria extrema inherente a la geografía hiperárida del Reino. Frente al riesgo latente de estrangulamiento logístico en puntos críticos (*chokepoints*) como el Estrecho de Ormuz o el Mar Rojo, la élite estatal centralizada decodificó esta fragilidad no como un mero déficit agrónomo, sino como una amenaza existencial pasible de ser instrumentalizada por potencias rivales.

En consecuencia, el vértice decisor recurrió a la proyección geoeconómica extraterritorial a través de la *Saudi Agricultural and Livestock Investment Company* (SALIC)[32]. Mediante una política agresiva de adquisición directa de tierras arables y control de infraestructuras portuarias en América del Sur, Europa del Este y Australia, la cúpula de MbS ejecutó una maniobra orientada a anular deliberadamente la intermediación de los grandes monopolios transnacionales occidentales del agronegocio. Esta captura proactiva de la cadena de

[31]NEOM fue concebida legalmente como una sociedad por acciones de capital cerrado (*closed joint-stock company*), propiedad absoluta del PIF, lo que le permite operar con un marco legal civil, comercial y tributario propio, independizándose del sistema judicial ordinario y de los tribunales religiosos del Reino (Kingdom of Saudi Arabia, 2016).

[32]La ofensiva geoeconómica de *SALIC* operó como un proceso ininterrumpido de captura material durante todo el periodo analizado. Iniciada de forma temprana con la toma de participaciones mayoritarias en corporaciones como Minerva Foods (Argaam, 2015), la estrategia alcanzó su sofisticación definitiva hacia el cierre de nuestro recorte temporal. Ante la reconfiguración del mercado agroindustrial por la fusión de los conglomerados BRF y Marfrig en 2025, el Estado saudí ejecutó una reingeniería de su participación corporativa, asegurando contractualmente la redirección cautiva de las exportaciones cárnicas sudamericanas hacia los puertos del Mar Rojo. Esta maniobra blindó definitivamente la cadena de suministros físicos frente a disrupciones exógenas (Just Food, 2026; Saudi Press Agency, 2023).

suministros físicos constituye, bajo el marco geoeconómico aquí adoptado, una táctica orientada a la disuasión: al adquirir soberanía material sobre la provisión alimentaria, la unidad política saudí busca reducir su exposición ante un eventual intento de coerción bélica o bloqueo naval por parte de la República Islámica de Irán, así como eventuales presiones diplomáticas atlánticas. Bajo la gramática geoeconómica (Luttwak, 1990), la élite demuestra empíricamente que la defensa nacional contemporánea y la supervivencia del régimen exigen subordinar la infraestructura de mercado global a los imperativos innegociables de la seguridad estatal.

3.3. Instrumentalización de la OPEP+ y cartelización ampliada como armamento geoeconómico de financiamiento soberano

La viabilidad material de la transición hacia el Estado rentista tardío, así como la capacidad operativa sostenida del Fondo de Inversión Pública para ejecutar la estrategia de emulación analizada en los apartados precedentes, dependían de una condición ineludible: la estabilización estructural y el encarecimiento deliberado de los ingresos petroleros. Como se diagnosticó al evaluar las constricciones sistémicas del primer capítulo, la irrupción tecnológica del *shale oil* estadounidense a partir de 2014 erosionó de manera irreversible el monopolio de la organización tradicional, despojando a la unidad política saudí de su rol histórico como productor bisagra capaz de disciplinar los precios internacionales mediante el manejo solitario de su capacidad ociosa. Para la élite estatal centralizada, financiar la localización industrial del armamento mediante SAMI, sostener el apalancamiento estratégico en Asia con la República Popular China y erigir la jurisdicción paralela de NEOM resultaba matemáticamente inviable en un escenario de cotizaciones energéticas dictadas por la sobreoferta de Occidente. Reconstruir el poder de coerción directa sobre el mercado global se erigió, en consecuencia, como el imperativo final de supervivencia frente a la vulnerabilidad extrema del periodo analizado.

Este escenario de asfixia material obligó a la élite saudí a ejecutar una ruptura empírica y teórica con el modelo asignador tradicional descrito por Beblawi y Luciani (1987). La literatura ortodoxa asumía que la unidad política rentista era orgánicamente incapaz de ejercer una política exterior agresiva que pusiera en riesgo su principal fuente de ingresos, condenándola a una pasividad estructural frente a las fluctuaciones del sistema internacional. Sin embargo, el Estado rentista tardío conceptualizado por Gray (2011) comprende que su

perpetuación ya no depende de la adaptación sumisa a los ciclos económicos globales, sino de la intervención activa e implacable para alterarlos a su favor. La manipulación de los volúmenes de extracción dejó de ser una mera herramienta de estabilización macroeconómica, manejada por tecnócratas ministeriales, para transformarse en el vector ofensivo supremo de la política de seguridad nacional de la monarquía.

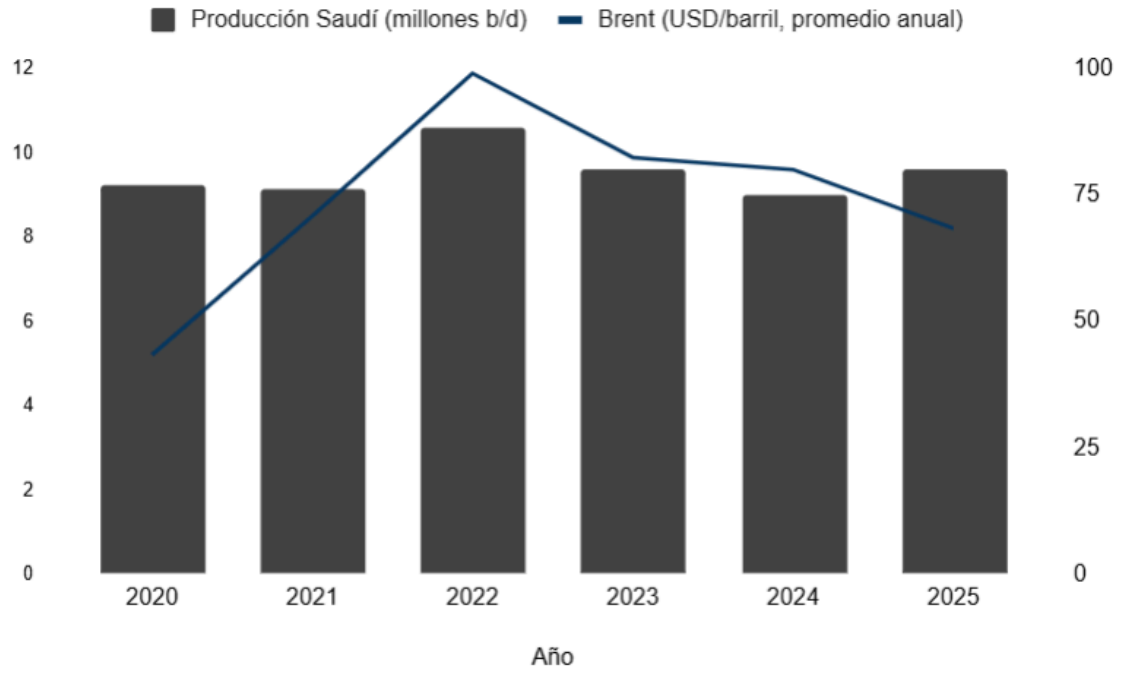
Para subsanar esta debilidad material y evitar el colapso fiscal del régimen, la diplomacia saudí ejecutó una maniobra geoeconómica de agudísima complejidad institucional a través de la consolidación ininterrumpida de la alianza OPEP+. Esta arquitectura, iniciada formalmente a finales de 2016 y perfeccionada como instrumento coercitivo durante toda la década posterior, implicó la coordinación de cuotas de extracción restrictivas con potencias energéticas externas al cártel tradicional, anclando esta maquinaria fundamentalmente en la convergencia asimétrica con la Federación de Rusia.

La articulación con Moscú no constituyó un mero acuerdo comercial transitorio destinado a equilibrar las fuerzas de la oferta y la demanda bajo parámetros de estricta cooperación mercantil, sino el uso instrumental del control productivo para maximizar la extracción de riqueza del sistema internacional. Bajo la estricta lógica geoeconómica de Luttwak (1990), la unidad política trasladó la disputa por la hegemonía y la supervivencia hacia el terreno de la coerción mercantil. Al forzar recortes coordinados masivos y sostenerlos con una disciplina estricta sobre los miembros disidentes, Riad logró reconfigurar artificialmente el piso de la cotización internacional del crudo, garantizando de forma coercitiva el flujo de capital extraordinario requerido para blindar el ritmo acelerado de su reestructuración doméstica[33].

[33]Una manifestación de esta capacidad de intervención en el mercado se registró con la política de recortes voluntarios implementada de manera ininterrumpida a lo largo de 2023 y 2024, retirando en conjunto más de 2,2 millones de barriles diarios del mercado global con el objetivo explícito y sostenido de blindar artificialmente la cotización del crudo Brent por encima del umbral estratégico de los 80 dólares por barril, nivel de equilibrio fiscal (*breakeven*) determinado de manera inamovible por el Ministerio de Finanzas como el límite crítico para evitar el desfinanciamiento de los gigaproyectos soberanos de la Visión 2030 (Fondo Monetario Internacional, 2023).

Figura 8

Evolución de la producción saudí de crudo frente a la cotización internacional del Brent en el período 2020-2025



Nota. El gráfico evidencia el intento sistemático del Reino de operar como actor estratégico en la fijación de condiciones de mercado mediante ajustes deliberados en los volúmenes de extracción. Sin embargo, la correlación entre recortes de oferta y cotización internacional no es lineal: el bienio 2023-2024 muestra una contracción simultánea de producción y precio, lo cual sugiere que la capacidad de intervención saudí, si bien real y deliberada, opera dentro de los límites que impone la sobreoferta global, particularmente la producción no convencional estadounidense. Elaboración propia con base en FMI (2024, 2026).

La profundidad de esta transformación geoeconómica requirió, de manera subyacente, la aniquilación previa del clientelismo segmentado que paralizaba a la burocracia petrolera saudí. En la matriz institucional diagnosticada por Hertog (2010), el Ministerio de Energía y la corporación *Saudi ARAMCO* operaban frecuentemente como feudos autónomos, priorizando la retención de cuotas de mercado a largo plazo por sobre las urgencias geopolíticas de la Corte Real. La centralización coercitiva ejecutada por MbS extirpó esta balcanización administrativa, subordinando la política de producción de *ARAMCO* directamente a los imperativos del realismo neoclásico formulados por el vértice decisional. La política exterior y la política energética se fundieron en un único vector de emulación estatal. Esta unificación del mando permitió al Estado utilizar su capacidad de bombeo no

para satisfacer a los accionistas corporativos, sino para proyectar disuasión, asumiendo costos operativos a corto plazo a cambio de blindar la autonomía estratégica a largo plazo.

Una de las manifestaciones empíricas más claras de esta capacidad extractiva dura (Taliaferro, 2006) proyectada sobre el sistema internacional se materializó durante el paroxismo del *shock* pandémico en el primer cuatrimestre de 2020. Ante la negativa inicial de la Federación de Rusia de acatar las cuotas restrictivas exigidas por Riad para compensar el colapso global de la demanda, la élite saudí no optó por la diplomacia conciliatoria, sino que desató una guerra de precios de saturación total. La inundación deliberada del mercado con crudo saudí a precios de descuento es interpretable, bajo el marco geoeconómico aquí adoptado, como una maniobra de coerción sobre el mercado antes que como un mero error de cálculo comercial. El Estado rentista tardío utilizó la liquidez residual de su banco central para absorber el daño fiscal interno, demostrando su disposición a sostener un escenario de precios extremadamente bajos. Esta postura contribuyó a acelerar la resolución negociada semanas después, en la cual confluyeron también la presión de Washington y del G20 sobre ambas partes, resultando en el mayor recorte coordinado de producción en la historia del mercado energético mundial. La resolución de esta crisis ratificó la hegemonía saudí sobre la estructura de la OPEP+ y es consistente con la premisa de Luttwak sobre el uso de las materias primas críticas como instrumento de coerción económica frente a potencias rivales[34].

Asimismo, la ejecución sostenida de esta cartelización operó como una herramienta sofisticada de contención asimétrica en el tablero geopolítico frente a las presiones de las potencias occidentales. El acoplamiento geoeconómico ininterrumpido con el Kremlin funcionó como un mecanismo de disuasión directa frente al *establishment* político de los Estados Unidos, evidenciando de manera fáctica el agotamiento de la dependencia histórica. Al entrelazarse materialmente con el principal rival estratégico del bloque atlántico, la élite centralizada ejecutó lo que puede leerse como un acto de disuasión asimétrica, debido a que contaba con la resiliencia institucional y la capacidad instalada para encarecer la matriz energética global si Washington persistía en su retraimiento estratégico en Medio Oriente, desprotegía la infraestructura petrolera saudí frente a la insurgencia hutí o intentaba imponer condicionamientos a la política interior de la monarquía.

[34]La resolución de la guerra de precios de abril de 2020 culminó con el acuerdo vinculante de la OPEP+ de retirar 9,7 millones de barriles diarios del mercado, constituyendo el mayor recorte coordinado de la historia económica moderna. Este hito evidenció la capacidad de Arabia Saudita para sostener una posición de negociación de alto riesgo frente a Rusia y para condicionar, junto con la presión estadounidense, el comportamiento de los productores fragmentados del *shale oil* norteamericano (OPEP, 2024).

Esta dinámica de insubordinación geoeconómica alcanzó su máxima expresión material durante el bienio 2022-2024. Tras el inicio del conflicto a gran escala en Ucrania, la administración demócrata estadounidense ejecutó una intensa campaña de presión diplomática sobre Riad, exigiendo públicamente un incremento en el bombeo de crudo para mitigar la crisis inflacionaria de Occidente, estabilizar los mercados financieros y asfixiar la maquinaria bélica rusa mediante el abaratamiento de la energía. Lejos de subordinarse a las directrices de su antiguo garante de seguridad, la élite de MbS lideró un recorte preventivo y masivo de la producción. La unidad política saudí priorizó la solvencia inquebrantable de su propio balance fiscal por sobre los imperativos de seguridad de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)[35]. Esta decisión es consistente con la matriz del realismo neoclásico, en la medida en que sugiere que la respuesta de política exterior no fue un acatamiento mecánico a la presión sistémica, sino una maniobra geoeconómica mediada estrictamente por la percepción de una élite centralizada que decodificó que ceder ante Washington debilitaría la capacidad extractiva del Estado para financiar la Visión 2030.

La manipulación de los volúmenes de extracción mediante la OPEP+ permitió a Arabia Saudita ejecutar una transferencia forzosa de rentas desde los Estados consumidores hacia sus propias arcas soberanas. Este excedente de capital es el que absorbió los costos de fricción generados por la ruptura del pacto laboral rentista a nivel doméstico y el sostenimiento del programa coercitivo *Nitaqat*. Sin la imposición de este gravamen artificial sobre la economía global, la extracción tributaria interna sobre la sociedad civil (la triplicación del IVA) hubiera resultado insuficiente para evitar el déficit operativo del Fondo de Inversión Pública. La cartelización operó, en los hechos, como el motor financiero oculto de la gran estrategia, dotando al vértice decisional de la liquidez incondicionada que exige la doctrina de la autoayuda (Taliaferro, 2006) en un entorno donde las garantías externas han colapsado.

Hacia el horizonte estricto de diciembre de 2025, la consolidación estructural de la OPEP+ es consistente con los objetivos de la gran estrategia saudí formulada bajo el paraguas de la Visión 2030. La unidad política logró transformar su vulnerabilidad material originaria, la dependencia absoluta de la exportación de un único *commodity*, en un escudo geoeconómico impenetrable. La amenaza existencial que representaba la volatilidad del mercado libre fue

[35]La decisión ratificada por el comité ministerial de la OPEP+ en octubre de 2022 de aplicar una supresión drástica de 2 millones de barriles diarios a las cuotas base desafió frontalmente las presiones diplomáticas de la administración Biden. Esta maniobra evidenció el desplazamiento definitivo de la política exterior saudí hacia una postura de autoayuda estricta, instrumentalizando el precio del barril como una herramienta de contención frente a las directivas de seguridad de Washington (OPEP, 2024) .

neutralizada mediante una táctica de emulación perfeccionada, la cual dotó al Estado rentista de capacidades de coerción análogas a las de una superpotencia financiera clásica. A través del control férreo, unificado y tecnocrático sobre los grifos de exportación, Arabia Saudita ha convertido la gestión centralizada de su capacidad extractiva en uno de los instrumentos centrales de su estrategia de seguridad nacional, aunque, como se observó en la Figura 8, su efectividad para fijar unilateralmente las condiciones del mercado internacional está condicionada por la sobreoferta global.

La respuesta institucional de la élite frente a los *shocks* exógenos del periodo analizado se revela así en toda su magnitud causal. La atrofia inicial del Estado asignador fue demolida mediante la centralización coercitiva, habilitando la construcción de una capacidad extractiva que se aplicó bidireccionalmente. En el plano doméstico, a través de la imposición fiscal y la disciplina laboral sobre su demografía; en el ámbito exterior, mediante la extracción forzada de riqueza sobre el sistema internacional a través de la OPEP+. Esta amalgama de herramientas geoeconómicas y centralización absolutista permitió a la monarquía defender sus márgenes de maniobra, contener las intromisiones hegemónicas extranjeras, balancear la asimetría regional de la República Islámica de Irán sin recurrir a la confrontación cinética directa y garantizar la supervivencia del Estado saudí frente a una arquitectura multipolar contemporánea decodificada por la Corte Real como existencialmente hostil.

Conclusiones

La investigación desarrollada a lo largo de este trabajo permite sostener que el Reino de Arabia Saudita ha instrumentalizado la Visión 2030 no como un programa de liberalización económica o de diversificación de sus fuentes de ingreso, sino como una gran estrategia geoeconómica defensiva orientada a garantizar la supervivencia estatal frente a las constricciones del periodo 2015-2025. El análisis estructurado bajo la matriz causal del realismo neoclásico muestra que la oscilación de las garantías de seguridad de Washington, superpuesta al *shock* material provocado por el colapso energético de la pandemia de COVID-19 y la profundización de la anarquía regional impulsada por la proyección asimétrica de la República Islámica de Irán, operaron como variables independientes de peso decisivo. Estas presiones sistémicas desarticularon el equilibrio histórico del Golfo Pérsico y evidenciaron el agotamiento del paraguas de seguridad occidental, forzando a la unidad política a asumir el imperativo de la autoayuda frente a un entorno percibido como existencialmente hostil.

En términos estructurales, cada apartado de esta investigación aportó los elementos causales necesarios para validar dicha hipótesis. En primer lugar, el Capítulo 1 aportó la identificación y el análisis de la variable independiente. Este segmento demostró de qué manera la convergencia de presiones exógenas alteró irreversiblemente el balance de amenazas de la región analizada, comprobando empíricamente que la retracción estratégica de las potencias atlánticas obligó a Riad a recalibrar su política exterior. En consecuencia, se acreditó que la unidad política debió abandonar su subordinación histórica para operar bajo una estricta lógica de autonomía material.

Por su parte, el Capítulo 2 contribuyó a la validación de la hipótesis al examinar la variable interviniente. Aportó la demostración de que el estímulo sistémico externo fue procesado a través del filtro cognitivo y material de una élite estatal centralizada. Este capítulo evidenció que el núcleo decisor, bajo el liderazgo de Mohammed bin Salman, interpretó la atrofia institucional del modelo asignador clásico (Beblawi y Luciani, 1987) como una vulnerabilidad interna crítica. Quedó demostrado que, ante la imposibilidad de financiar la defensa nacional, la Corte Real ejecutó una centralización coercitiva orientada a desmantelar los feudos burocráticos y forzar la transición hacia un Estado rentista tardío (Gray, 2011), lo cual constituyó el prerrequisito material para movilizar los recursos domésticos.

Finalmente, el Capítulo 3 aportó la demostración empírica de la variable dependiente, constatando la ejecución fáctica de la Visión 2030 como una táctica de emulación impostergable. Este capítulo comprobó cómo la materialización de la capacidad extractiva dura (Taliaferro, 2006) permitió al Estado rentista tardío instrumentalizar el Fondo de Inversión Pública (PIF) y la corporación SAMI para asimilar la matriz militar-industrial de las potencias dominantes. Asimismo, este apartado evidenció que, aunque la ofensiva de cartelización mediante la OPEP+ exhibió limitaciones empíricas para distorsionar unilateralmente la cotización internacional del crudo, su despliegue innegable como herramienta de coerción comercial, en convergencia con la cobertura estratégica hacia la República Popular China, constituyó el verdadero mecanismo de disuasión asimétrica empleado por Riad para contener las presiones atlánticas y neutralizar la hostilidad de la República Islámica de Irán.

El abordaje metodológico y teórico adoptado en esta investigación resulta central para desentrañar la complejidad causal de la política exterior saudí, exponiendo las severas limitaciones explicativas de las corrientes hegemónicas tradicionales en el estudio de las Relaciones Internacionales. Un análisis anclado exclusivamente en el neorrealismo estructural de Waltz habría fracasado al tratar a la unidad política como una "caja negra", asumiendo una respuesta mecánica frente a la balanza de poder e ignorando por completo que la atrofia institucional del modelo asignador clásico operaba como un grillete material que impedía cualquier reacción estatal efectiva. Por su parte, la aplicación del institucionalismo liberal o la interdependencia compleja de Keohane y Nye habría conducido al error analítico severo de interpretar la apertura financiera del Fondo de Inversión Pública, la Oferta Pública Inicial de *Saudi ARAMCO* y el acercamiento geopolítico a los BRICS como una supuesta voluntad de integración cooperativa en el mercado libre global. La matriz del realismo neoclásico, por el contrario, permitió articular la presión exógena con la variable interviniente doméstica, mostrando que la inserción de Riad en las cadenas de valor transnacionales no persigue la obtención de ganancias absolutas ni la pacificación liberal, sino la subordinación de la infraestructura comercial a los imperativos de seguridad nacional, encuadrando estas acciones de emulación estrictamente bajo la gramática de la geoeconomía de Luttwak.

De manera análoga, la interpretación de la respuesta institucional en el plano doméstico exigió revisar la ortodoxia académica. La literatura clásica del Estado rentista (Beblawi y Luciani, 1987) sostenía un pesimismo determinista que condenaba a las monarquías del Golfo a una pasividad perpetua, presumiendo una incapacidad orgánica para imponer cargas

tributarias sin ceder en contrapartida mecanismos de representación democrática. La evidencia del periodo 2015-2025 contradice este postulado, dado que la triplicación verticalista del Impuesto al Valor Agregado y la confiscación de capitales de la vieja aristocracia comercial muestran que una élite altamente centralizada posee la resiliencia para extraer riqueza interna de manera coercitiva. La adopción de la categoría de Estado rentista tardío (Gray, 2011) ofrece la clave para comprender cómo el régimen saudí desarticuló su propia balcanización burocrática y mutó hacia un modelo de hiperactividad capitalista estatal. El vértice decisional utilizó la imposición fiscal y la disciplina laboral sobre su demografía no como un fin reformista o modernizador per se, sino como el prerrequisito para financiar su disuasión asimétrica exterior y garantizar la perpetuación de la unidad política.

Para que esta alteración radical de la capacidad extractiva material y financiera no derivara en una fractura del régimen a nivel doméstico, la élite estatal diseñó y ejecutó un mecanismo de compensación ideológica sin precedentes, utilizando la narrativa de la Visión 2030 como el instrumento de sutura del nuevo pacto social. El realismo neoclásico postula que la movilización de recursos frente a amenazas sistémicas exige neutralizar a los actores con capacidad de veto interno; en consecuencia, el Estado procedió a desmantelar sistemáticamente el monopolio del espacio público y la autoridad discursiva detentada por el estamento clerical conservador. Esta supresión punitiva de las prerrogativas religiosas no constituyó una voluntad de secularización liberal, sino un crudo ejercicio de extracción ideológica diseñado para reemplazar la legitimidad teocrática por un hipernacionalismo de Estado verticalista y pragmático. Bajo esta nueva matriz de lealtad hacia la figura del príncipe heredero y el proyecto soberano, la unidad política logró obtener la aquiescencia de la base demográfica juvenil frente a la radicalización del programa Nitaqat y la retirada del Estado providente. La imposición de una férrea disciplina laboral sobre la sociedad civil, obligada a insertarse en el circuito de acumulación capitalista mediante la coerción estatal sobre el sector privado, descargó la inmensa presión fiscal del sostenimiento demográfico sobre las espaldas de la burguesía comercial. Esta legitimación de la austeridad y del esfuerzo extractivo dotó a la Corte Real de la cohesión interna necesaria para soportar la fricción de su reestructuración y resguardar la base material de su política exterior.

Hacia el horizonte estricto de diciembre de 2025, el resultado de esta amalgama de centralización absolutista y despliegue geoeconómico es la consolidación de un Estado saudí cualitativamente superior en sus capacidades materiales y de disuasión. La unidad política logró transformar su vulnerabilidad originaria, la dependencia pasiva de la exportación de un

único commodity y la sumisión a un paraguas de seguridad estadounidense en franco retraimiento, en un escudo geopolítico sólido. La atrofia institucional que paralizaba al Estado asignador clásico fue superada, habilitando la construcción de una maquinaria extractiva que opera de manera bidireccional, al expropiar rentas internamente a través de la imposición fiscal ininterrumpida y, al mismo tiempo, forzar la transferencia de riqueza desde el sistema internacional mediante la cartelización asimétrica de la OPEP+ y la diplomacia de inversiones del PIF. En definitiva, la Visión 2030 se revela como la materialización de la doctrina de la autoayuda estatal frente a la anarquía global. Arabia Saudita ha logrado defender sus márgenes de maniobra, contener las intromisiones hegemónicas occidentales y balancear la amenaza de la República Islámica de Irán sin recurrir a la confrontación cinética directa. A través de la emulación tecnológica y la subordinación de los flujos comerciales a los imperativos de su seguridad nacional, la monarquía ha resguardado su autonomía y supervivencia frente a una arquitectura multipolar contemporánea percibida como existencialmente hostil.

Referencias Bibliográficas

Administración General de Aduanas de la República Popular China. (2024). China's Customs Statistics [Base de datos]. http://english.customs.gov.cn/

Al Arabiya. (2020, 16 de agosto). Saudi wealth fund PIF boosts trading team to back aggressive trading strategy. Al Arabiya. https://english.alarabiya.net/business/economy/2020/08/16/Saudi-wealth-fund-PIF-boosts-trading-team-to-back-aggressive-trading-strategy

Al Jazeera. (2019, 16 de septiembre). Saudi Aramco tells clients oil loading has resumed: Report. https://www.aljazeera.com/economy/2019/9/16/saudi-aramco-tells-clients-oil-loading-has-resumed-report

Al Jazeera. (2021, 11 de septiembre). US removes advanced missile defence systems from Saudi Arabia. Al Jazeera. https://www.aljazeera.com/news/2021/9/11/us-removes-advanced-missile-defence-systems-from-saudi-arabia

Al Jazeera. (2022, 9 de diciembre). China, Saudi Arabia strengthen partnership on energy, defence. Al Jazeera. https://www.aljazeera.com/news/2022/12/9/china-saudi-arabia-strengthen-partnership-on-energy-defence

Al-Rasheed, M. (Ed.). (2018). Salman's legacy: The dilemmas of a new era in Saudi Arabia. Oxford University Press.

The American Presidency Project. (2019, 20 de noviembre). Democratic candidates debate in Atlanta, Georgia. https://www.presidency.ucsb.edu/documents/democratic-candidates-debate-atlanta-georgia

Argaam. (2015, 23 de diciembre). Salic acquires 20% of Brazil's Minerva Foods for SAR 707 mln. Argaam. https://www.argaam.com/en/article/articledetail/id/401617

Beblawi, H. y Luciani, G. (Eds.). (1987). The rentier state. Croom Helm.

Consejo de Ministros del Reino de Arabia Saudita. (2016, 11 de abril). Regulation of the Committee for the Promotion of Virtue and the Prevention of Vice. Bureau of Experts at the Council of Ministers.

Energy Information Administration. (2024). Europe Brent spot price FOB [Base de datos]. U.S. Department of Energy. https://www.eia.gov/dnav/pet/hist/LeafHandler.ashx?n=PET&s=RBRTE&f=A

Fondo Monetario Internacional. (2014). Saudi Arabia: 2014 Article IV Consultation-Staff Report (Country Report No. 14/292).

Fondo Monetario Internacional. (2023, 6 de septiembre). Saudi Arabia: 2023 Article IV consultation-press release; and staff report. https://www.imf.org/en/publications/cr/issues/2023/09/05/saudi-arabia-2023-article-iv-consultation-press-release-staff-report-and-informational-annex-538823

Fondo Monetario Internacional. (2024). Crude oil production for Saudi Arabia [SAUNGDPMOMBD]. FRED, Federal Reserve Bank of St. Louis. https://fred.stlouisfed.org/series/SAUNGDPMOMBD

Fondo Monetario Internacional. (2026). Global price of Brent crude [POILBREUSDA]. FRED, Federal Reserve Bank of St. Louis. https://fred.stlouisfed.org/series/POILBREUSDA

General Authority for Military Industries. (2023). National military industries strategy. Reino de Arabia Saudita. https://www.gami.gov.sa/en/strategy

Goldberg, J. (2016, abril). The Obama doctrine. The Atlantic. https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/

Gray, C. S. (1999). Modern strategy. Oxford University Press.

Gray, M. (2011). A theory of "late rentierism" in the Arab states of the Gulf (Occasional paper no. 7). Center for International and Regional Studies, Georgetown University. https://repository.library.georgetown.edu/handle/10822/558291

Hertog, S. (2010). Princes, brokers, and bureaucrats: Oil and the state in Saudi Arabia. Cornell University Press.

Just Food. (2026). MBRF expands Salic meat contract with inclusion of beef. https://www.just-food.com/news/mbrf-expands-salic-meat-contract-with-inclusion-of-beef/

Kamrava, M. (2018). Troubled waters: Insecurity in the Persian Gulf. Cornell University Press.

Kingdom of Saudi Arabia. (2016). Saudi Vision 2030. https://www.vision2030.gov.sa/en/

Lacroix, S. (2019). Saudi Arabia and the limits of religious reform. The Review of Faith & International Affairs, 17(2), 97-101. https://doi.org/10.1080/15570274.2019.1608650

Lahn, G. y Stevens, P. (2011). Burning oil to keep cool: The hidden energy crisis in Saudi Arabia. Chatham House.

Lobell, S. E., Ripsman, N. M. y Taliaferro, J. W. (Eds.). (2009). Neoclassical realism, the state, and foreign policy. Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511811869

Luttwak, E. N. (1990). From geopolitics to geo-economics: Logic of conflict, grammar of commerce. The National Interest, (20), 17-23. https://www.jstor.org/stable/42894676

McKinsey Global Institute. (2015). Saudi Arabia beyond oil: The investment and productivity transformation. McKinsey & Company. https://www.mckinsey.com/featured-insights/middle-east-and-africa/moving-saudi-arabia-beyond-oil

Ministerio de Finanzas del Reino de Arabia Saudita. (2026). Budget statement FY 2026. https://www.mof.gov.sa/en/budget/2026/BudgetStatementDocs/Eng_2026.pdf

Ministerio de Recursos Humanos y Desarrollo Social. (2021). Procedural guideline Nitaqat Mutawar program (Version 2.0). Gobierno del Reino de Arabia Saudita.

Organización de Países Exportadores de Petróleo. (2024). Annual statistical bulletin 2024. https://asb.opec.org/

Public Investment Fund. (2024). Annual report 2023: Powering the future. https://www.pif.gov.sa/-/media/project/pif-corporate/pif-corporate-site/our-financials/annual-reports/pdf/pif-2023-annual-report-en.pdf

Riedel, B. (2019, 27 de septiembre). Congress: Respect Jamal Khashoggi's legacy by ending support for the Saudi war in Yemen. Brookings Institution.

https://www.brookings.edu/articles/congress-respect-jamal-khashoggis-legacy-by-ending-support-for-the-saudi-war-in-yemen/

Saudi ARAMCO. (2019). Saudi Arabian Oil Company (Saudi ARAMCO) prospectus. https://www.aramco.com/-/media/images/investors/saudi-aramco-prospectus-en-051219.pdf

Saudi ARAMCO. (2023). Aramco to expand presence in China by acquiring 10% stake in Rongsheng Petrochemical. https://www.aramco.com/en/news-media/news/2023/aramco-to-expand-presence-in-china-by-acquiring-10-percent-stake-in-rongsheng-petrochemical

Saudi Press Agency. (2020, 11 de mayo). Ministry of Finance takes procedures aimed at protecting Saudi Arabia's economy to overcome unprecedented coronavirus pandemic fallout. Agencia de Prensa Saudita. https://www.spa.gov.sa/2084883

Saudi Press Agency. (2023). SALIC adds Brazilian BRF to its strategic investments portfolio. https://www.spa.gov.sa/en/12b1712741x

Stockholm International Peace Research Institute. (2024). SIPRI military expenditure database [Base de datos]. https://www.sipri.org/databases/milex

Taliaferro, J. W. (2006). State building for future wars: Neoclassical realism and the resource-extractive state. Security Studies, 15(3), 464-495. https://doi.org/10.1080/09636410601028370

Trump, D. (2019, 16 de septiembre). Remarks by President Trump and Crown Prince Salman of Bahrain before bilateral meeting. The White House Archives. https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-crown-prince-salman-bahrain-bilateral-meeting/

The White House. (2017, 20 de mayo). President Trump and King Salman sign arms deal, vision for U.S.-Saudi strategic partnership. The White House Archives.